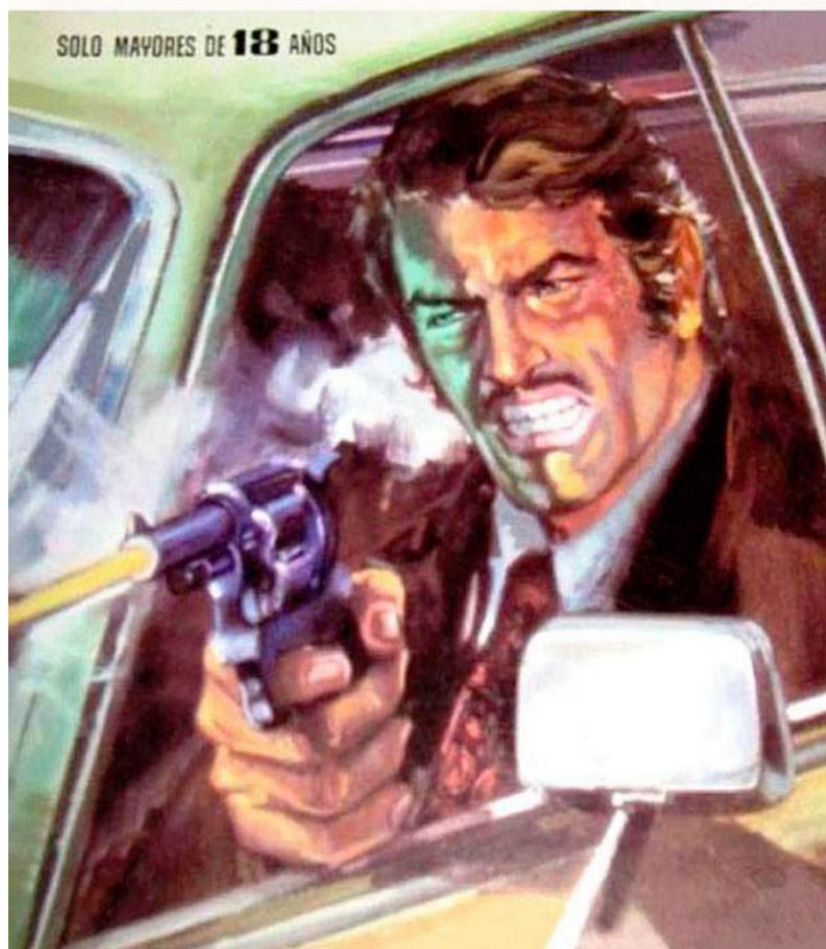


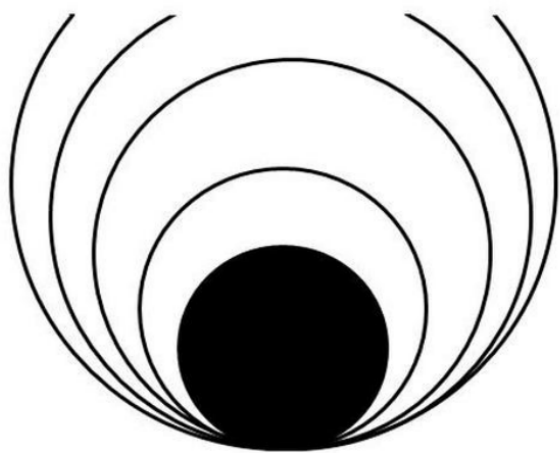


LLUVIA SOBRE MI CADAVER

Curtis Garland

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**
1.485. - El club del crimen.

En Colección **PUNTO ROJO:**
871. - Proceso a una dama ciega.

En Colección **LA HUELLA:**
134. - Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

LLUVIA SOBRE MI CADÁVER

Colección **PUNTO ROJO** n.º 887
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 6.114 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1979

© Curtis Garland - 1979

texto

© Miguel García - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Era una puerta de cristal esmerilado. Tenía escrito un nombre en letras doradas sobre ese rectángulo de vidrio:

H. R. NORMAND
DETECTIVE PRIVADO

El hombre que se había detenido ante la puerta, vaciló. Hasta entonces, había parecido muy seguro de sí mismo. De repente, esa seguridad se resquebrajaba como por ensalmo.

Humedeció los labios. Contempló largamente las letras doradas. Sus manos jugaron con los guantes. El corredor era húmedo, y hacía frío en el corredor. La casa distaba mucho de ser moderna, y su instalación también. Las luces de los rellanos, resultaban incluso tétricas. De vez en cuando, el olor de hamburguesas y *perros calientes* de un cercano puesto de la calle, se filtraba desagradablemente hasta el interior del edificio.

Pero todo eso no parecía importar demasiado al hombre de elegante y pulcro abrigo color cartela, cabello cortado a navaja, de cuidadoso peinado y guantes de piel de cabritilla, tan elegantes como sus zapatos de ante marrón. Sólo parecía tener ojos para aquel rótulo dorado que campeaba en el vidrio escarchado de la puerta.

Finalmente, se decidió.

Pulsó el timbre. Dentro, sonó un apagado zumbido. Retiró el dedo del llamador. Parecía a punto de escapar, de salir corriendo, como un niño travieso. Pero se contuvo.

—Adelante —invitó una voz femenina, tras la puerta—. Está abierto.

Otra vacilación. Tragó saliva, antes de empuñar el pomo de la

puerta y empujar ésta lentamente. Emitió un leve chirrido la madera al hacerlo.

—Buenas tardes —saludó la misma voz de mujer, desde el interior de la oficina—. Entre, por favor. Hay calefacción en los despachos. Si no, no se podría vivir aquí.

Entró. Con recelo, pero entró. La puerta volvió a chirriar al cerrarse tras él. Se quedó en pie frente a la única ocupante de la estancia, una joven pelirroja sentada ante una mesa con una máquina de escribir.

No habló. No dijo nada. Ella volvió a tomar la iniciativa.

—Siéntese —invitó—. ¿Busca a H. R. Normand?

—S... sí —terminó decidiéndose el visitante—. Es importante.

—Siempre es importante visitar a un detective —sonrió la pelirroja, mordisqueando alegremente su goma de mascar, como cualquier secretaria vulgar en una oficina vulgar—. ¿No se sienta?

—Prefiero ver ahora al señor Normand... —balbuceó el visitante.

—Lo siento El señor Normand no vendrá hoy —los verdes ojos de la muchacha le miraron inquisitivamente—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No, no, claro que m: Usted no puede ayudarme en nada.

—Bueno —ella se encogió de hombros—. Soy la secretaria particular del señor Normand. Mi nombre es Honey. Acostumbra a consultar conmigo todos sus asuntos. Muchos clientes me informan a mí, y yo le paso luego la información. ¿De veras cree que no podrá charlar conmigo un rato? No me como a nadie, señor...

—Rosefellow —dijo vivamente el joven recién llegado, casi por instinto. Y luego parecía arrepentirse de haberlo hecho, aunque añadió, inseguro—. Douglas Rosefellow...

—Rosefellow... No es un nombre muy corriente, ¿eh?

—No, no lo es... —Humedeció sus labios, estrujando los guantes entre sus dedos nerviosos—. Bueno, si no está el señor Normand, me voy...

—Es usted un hombre de ideas obstinadas por lo que veo —suspiró ella meneando su roja cabecita—. ¿Es que sólo sabe decir eso?

—Mire, señorita, el asunto que me trae aquí es sumamente confidencial y de gran importancia. No puedo referírselo a

cualquiera que me lo pregunte.

—Señor Rosefellow, yo no soy *cualquiera*, sino la secretaria personal del señor Normand, como ya le he dicho —pese a su fría rectificación, la joven no parecía demasiado molesta—. De todos modos, él me informará a mí después, porque yo le llevo todos los asuntos, por confidenciales e importantes que ellos sean. El no vendrá posiblemente hoy, y yo puedo hacerme cargo de su caso con igual eficacia que si él estuviera aquí ahora, se lo aseguro. Siéntese, si lo desea, y refiérame el caso. Le prometo que el señor Normand lo conocerá luego, detalle por detalle, y si ambos se ponen de acuerdo, se hará cargo del mismo.

—La verdad es que... no me fío demasiado de las mujeres —confesó el visitante, tras humedecer de nuevo sus labios, indeciso.

—De eso, ya me he dado cuenta —asintió ella fríamente—. Bien, señor Rosefellow, tiene dos alternativas: o referirme a mí su asunto, o marcharse y volver en otra ocasión. Es asunto suyo decidir.

En ese momento, tronó sobre la ciudad, a alguna distancia. Unas gotas de lluvia batieron sobre las ventanas de la oficina. El joven se estremeció, dirigiendo una repentina mirada de angustia a los vidrios.

—¡Dios mío! —susurró—. Está lloviendo...

—Sí —la pelirroja se encogió de hombros—. Estaba amenazando lluvia todo el día. No tiene nada de raro.

—Llueve... —repitió para sí Douglas Rosefellow. Y se dejó caer en un asiento, frente a la muchacha de los cabellos rojos.

Ella no dijo nada. Le miró un momento, y se puso a teclear activamente en su máquina de escribir, como si el visitante no existiera. El observó cómo las gotas de agua se hacían más frecuentes sobre las ventanas.

—¿Puede... puede atenderme, por favor? —habló al fin—. Le diré lo que me ha traído aquí.

La joven dejó de mecanografiar. Volvió a observarle, pensativa. Luego afirmó, tomando un *bloc* para notas taquigráficas, y un pequeño magnetófono que extrajo del cajón.

—Claro —asintió—. ¿Le importa que grabe nuestra conversación, o prefiere que tome nota de ella? Es sólo para pasársela al señor Normand...

—Me es indiferente —se encogió de hombros él—. Hágalo como

le resulte más cómodo.

—Gracias —ella conectó el magnetófono. Luego, fijó sus verdes ojos en el joven cliente—. Bien, cuando guste, señor Rosefellow.

El pareció poner en urden sus pensamientos, antes de iniciar su relato a la joven mecanógrafa. Ella aprovechó el momento para levantarse, asegurar la puerta de entrada con un pestillo, y poner sobre el vidrio la palabra *Cerrado*. Regreso a su mesa explicando brevemente:

—Así no nos molestará nadie.

Rosefellow todavía tarde unos momentos en decidirse. Tronó de nuevo y arrecio la lluvia fuera. El tuvo un leve estremecimiento que no paso desapercibido para la joven.

Finalmente, arranco a hablar con cierta dificultad:

—Quiero que descubra a un asesino.

Ella enarcó las cejas. No pestañeó siquiera.

—¿Un asesino? —repitió.

—Sí. Tiene que encontrarlo. Cueste lo que cueste.

—Eso parece asunto para la policía.

—La policía no hace nada práctico, No ha resuelto nada. Ni lo resolverá.

—Muy seguro parece de eso.

—Lo estoy. No saben siquiera por dónde van. Dicen que es un caso vulgar, un simple atentado como hay muchos al día en la ciudad. No ven en él nada notable.

—De modo que ellos ya se ocupan de eso.

—¿La policía? ¡Oh, sí! Después de todo, es un asesinato. Tienen que hacerlo. Pero no les importa demasiado el asunto.

—Ésa puede ser una simple apreciación suya, señor Rosefellow. La policía puede no parecer demasiado eficaz a veces, pero normalmente lo es. Sólo que no pueden ir tan deprisa como uno quisiera en ocasiones.

—Usted no lo entiende. Para ellos es un caso corriente, ya se lo dije. Una mujer muerta, y nada más. Una agresión callejera. Un crimen que se da con frecuencia en nuestros días. Sólo eso.

—¿Es una mujer la víctima?

—Sí, lo es.

—¿Su nombre?

—Audrey. Audrey Scranton.

—Siga. ¿Amiga suya?

—Mi... mi prometida —balbució el joven visitante, estrujando los guantes de cabritilla nerviosamente.

—Ya —de nuevo ella enarcó las cejas—. Lo siento.

—¡Oh!, eso dijo la policía también. No quiero que nadie lo sienta. Quiero que encuentren al asesino, eso es todo.

—Hasta ahora, no he dicho que el señor Normand vaya a hacerse cargo del asunto —advirtió Honey pensativa—. Ya le dije que es cosa de la policía, y a ellos no les gusta que un investigador privado se meta en sus asuntos. El señor Normand podría perder su licencia si comete un error.

—Lo comprendo. —Rosefellow tragó saliva—. Señorita Honey, tienen que ocuparse de este asunto sea como fuere. La policía nunca encontrará al asesino.

—Eso ya lo dijo antes. Señor Rosefellow, ¿por qué está tan convencido de ello? Una investigación criminal, no siempre es fácil.

—Existe un precedente que me demuestra que archivarán el caso, y se olvidarán definitivamente de él.

—¿Un precedente? —Ahora sí había verdadero interés en la voz de la joven.

—Sí. Audrey Scranton no es la primera mujer que muere asesinada por la misma mano criminal.

—¿Ah, no?

—No. Hubo oír a víctima amenos; Jessica Langton.

—¿Está usted afirmando que quien mató a su prometida, mató antes a otra mujer?

—Sí, eso es.

—¿Y quién era Jessica Langton, exactamente?

—Una... una buena amiga mía —tartamudeó Rosefellow.

—Vaya. —Honey puso un gesto de perplejidad—. No trae demasiada buena suerte relacionarse con usted, por lo que veo.

—Oficialmente, Jessica Langton fue muerta por un delincuente habitual. Es la conclusión a que llegó la policía. El caso está ya archivado. Y hace sólo un año que sucedió.

—¿Tiene motivos para estar seguro de que ambos hechos fueron causados por una misma persona?

—Sí, los tengo.

—¿Se los comunicó a la policía?

—Claro. Apenas si me escucharon. Dicen que imagino cosas. No quieren ni verme por el Departamento.

Honey meditó, mientras oía el suave zumbido de la cinta magnética, corriendo dentro de la grabadora. Más cerca ahora, trono con fuerza y la luz hizo una leve oscilación. La lluvia era casi torrencial ahora, y corría con fuerza por los vidrios de la ventana. Rosefellow la miraba con frecuencia, como fascinado.

—Seamos sinceros, señor Rosefellow —dijo ella de repente—. Me ha dicho que Jessica Langton era *amiga* suya. ¿Qué clase de amiga? ¿Mantenían relaciones íntimas?

—Pues... si —confesó, como niño cogido en falta, bajando la cabeza.

—Y la mataron.

—Sí.

—Ahora, han matado también a Audrey Scranton, su prometida.

—Sí.

—¿Y la policía no ha querido ver nada raro en eso?

—Nada en absoluto. Dicen que es una simple coincidencia, y nada más. Después de todo, ambas murieron de noche, en plena calle.

—¿En qué forma?

—A Jessica la estrangularon y se llevaron su bolso con algún dinero, así como sus joyas. Por eso pensaron que era un salteador.

—¿Y a Audrey?

—La degollaron con una navaja automática, en un callejón al que debieron conducirla a viva fuerza. También le quitaron un valioso anillo y unos pendientes de platino con esmeraldas. Pero yo sé que todo eso es un engaño, un modo de desorientar y hacer creer que el móvil fue el robo. Fueron dos crímenes cuidadosamente preparados y ejecutados por una misma persona, señorita Honey, podría jurarlo.

—Está bien. Admitimos que sea así. ¿En qué se basa para afirmar que ambos crímenes tienen algo en común, ajeno al móvil del robo o el asalto de un maleante?

—En que los dos crímenes se cometieron en igualdad de circunstancias. En ambos casos existió un común denominador que la policía ha despreciado olímpicamente.

—¿Qué es, señor Rosefellow?

—La lluvia —suspiró el joven cliente—. A las dos las mataron bajo la lluvia...

CAPÍTULO II

La lluvia seguía lamiendo los cristales. La tormenta se iba alejando, pero el aguacero no cesaba.

Honey contempló las luces de la ciudad, borrosas tras el velo del agua, y se volvió lentamente hacia su visitante. Éste se enjugaba el sudor con un pañuelo. Había mucha humedad esta noche. El frío estaba dejando paso a un leve bochorno.

—La lluvia... —murmuró ella con lentitud—. No tiene sentido.

—Habla usted como ellos —se quejó Rosefellow amargamente—. Nadie quiere creerme.

—¿No se da cuenta de que pudo ser puramente casual? Llueve con frecuencia en otoño, en invierno e incluso en primavera. Y hay tormentas veraniegas en el estío. No tiene nada de raro que lloviese esas dos noches separadas entre sí por casi un año de margen, compéndalo.

—Yo sé que no es así —sostuvo él con energía, sacudiendo la cabeza—. La lluvia forma parte de la escena del crimen.

—Eso sugeriría la existencia de un maniático.

—Llámelo como quiera, pero ese asesino mata bajo la lluvia. Lo sé.

Honey se acarició la barbilla, pensativa. Puesta en pie, era una joven esbelta, bien formada, de breve cintura, caderas bien perfiladas, senos altos y firmes, dibujados por su jersey oscuro, y largas y bellas piernas. El rostro, bajo la roja melena, era un óvalo encantador y picaresco.

—A usted parece fascinarle la lluvia —comentó ella de pronto.

El desvió su mirada de la ventana. Sus labios temblaron un poco.

—El odio —manifestó roncamente.

Honey no dijo nada, pero siguió estudiando con vivo interés al cliente. Sus verdes pupilas tuvieron un brillo peculiar. Se sentó despacio, cruzando las piernas. La falda permitió asomar la tersura

curvada de sus fuertes muslos.

—Cuéntemelo todo, punto por punto —pidió—. Y empezando por el principio. Luego le diré si el señor Normand se ocupa del caso Pero le anticipo que un asunto de esta especie no es de su gusto Le pedirá unos honorarios algo elevados, si se decide a afrontar los riesgos.

—No me importa lo que pida. Traigo un cheque preparado —rebuscó en sus bolsillos y extrajo un papel verdoso, cuidadosamente doblado—. Lo extendí por la suma de cinco mil dólares. Sólo para empezar, claro.

Honey se quedó sin aliento, pero lo disimuló bastante bien Que ella recordase, jamás habían entrado cinco mil dólares juntos en aquella oficina.

—Está bien —se mostro muy serena—. Empiece, se lo ruego. Por sus relaciones con Jessica Langton, y todo eso Es decir, por el principio. No omita detalle alguno.

Cambio la cinta de lado y puso de nuevo en funcionamiento la grabadura y espero a que Rosefellow hablase.

El relato terminó.

Por unos instantes, la grabadora siguió su zumbido tenue, mientras la cinta girara en el otro tambor, una vez grabada.

La mano de Honey pulso la teda. Se detuvo el deslizar de la cinta. Hubo un profundo silencio ahora, sólo alterado por el golpeteo de la lluvia en las ventanas de la oficina.

Douglas Rosefellow respiro hondo. Se quedó mirando a la pelirroja muchacha con aire pensativo. Ella frotaba pensativamente la extremidad de un lápiz en su labio inferior.

—¿Es iodo? —quiso saber Honey.

—Sí, todo —musitó el joven.

—No es mucho lo que me ha dicho.

—Es cuanto sé.

—No tiene evidencias de nada. No hay prueba alguna para que pueda convencer a la policía de que ambos hechos fueron causados por una misma persona. Casi un año entre un crimen y otro, diferente método para matar a la víctima...

—Pero está la lluvia.

—¡Oh, la lluvia! —suspiró ella, Clavando sus ojos en los cristales por los que resbalaba el agua, durante un memento—. ¿Cuántos

crímenes parecidos se habrán cometido en noches de lluvia en una ciudad como Nueva York, señor Rosefellow?

—Eso es cierto. Pero esas dos mujeres tenían algo en común: yo.

—Eso sí es cierto —admitió Honey, arrugando su delicioso ceño—. Usted es el eslabón que une sin duda alguna a Audrey Scranton y a Jessica Langton. Eso sí es digno de tenerse en cuenta, aunque la policía no lo haya creído oportuno.

—De modo que, pese a ludo, usted me cree... —Y había como una latente angustia en el tono de él, como si le causara verdadero pánico la idea de que ella pudiera decirle que aquel asunto no iba a interesar lo más mínimo a H. R. Normand, el titular de aquella agencia de detectives.

—Creo que puede haber algo de cierto en todo eso, pero no estoy segura de ello. Por otro lado, usted acaba de relatarme en esa historia grabada ahí, que tiene una familia bastante dominante y dura.

—Es cierto, sí —tragó saliva el joven.

—Que su madre controla y rige autoritariamente a la familia.

—Sí, así es.

—Que su tío administra con ella los bienes de su difunto padre, y usted sólo tiene derecho a una pensión determinada, gasto del que no puede salirse bajo pretexto alguno.

—Sí.

—Y que su hermano, en cambio, goza de todas las preferencias y mimos de su madre.

—Eso también es verdad. Edward es el predilecto. Para él son todas las ventajas.

—Solamente su prima Angie y el abogado de la familia están con usted, pero no pueden hacer nada por cambiar las cosas.

—En efecto, señorita Honey.

—Y, finalmente, que usted podrá entrar en posesión de su herencia cuando se case, según las cláusulas del testamento de su padre.

—Exacto, Pero aún sigo soltero.

—Entre otras cosas, porque han muerto dos mujeres. Puede que hubiera terminado por casarse con Jessica Langton, ¿no?

—Pues, no creo. A ella no le gustaba el matrimonio. Era otra clase de relación la nuestra.

—Pero eso quizá no podía saberlo el asesino.

—¿Que quiere decir? —Se sobresaltó Douglas Rosefellow.

—No, nada, Sigamos: también ahora ha perdido la ocasión de casarse, porque han matado a Audrey Scranton, su prometida.

—Sí, eso sí que es cierto.

—¿Cuándo pensaban casarse ambos?

—Dentro de dos meses en la próxima Navidad.

—Ya. —Honey miro largamente al joven. Meneó la cabeza, con gesto preocupado—. Ésta realmente dispuesto a que se ocupen de su caso.

—Desde luego. Ya le dije que sí. Tengo este cheque por cinco mil dólares —lo extrajo de su bolsillo, y lo puso ante ella—. Dígale al señor Normand que se lo entregaré en cuanto me dé su respuesta afirmativa. Si resuelve el caso, habrá otros cinco mil más. Es todo el dinero que tengo reunido, sin que mi madre lo sepa.

—Muy bien. —Honey apretó los labios con firmeza—. Puede darme su cheque. El detective privado H.

R. Normand,

se ocupará de su caso.

—¿Cómo puede estar tan segura? —se sorprendió él—. Aún no ha escuchado mi historia, ni sabe nada de todo esto...

—Lo sabe todo —afirmó Honey con tono enérgico. Clavó sus verdes ojos en el cliente, y añadió con una sonrisa suavemente irónica—. Yo, señor Rosefellow, soy H.

R. Normand.

Mi nombre completo es Honey R. Normand, ¿comprende?

—Cielos... —boqueó el joven, asombrado—. ¡Una mujer!

—Eso es: una mujer detective. ¿Ha cambiado quizá de idea ahora?

—No, no —negó él, alargando el cheque hacia ella—. Vine a contratar sus servicios sin saber quién era. Sencillamente, la elegí al azar, por las páginas profesionales de la guía telefónica. Ahora que estoy aquí y que conoce usted mi historia, no tengo ningún inconveniente en que siga adelante con este caso, aunque sea usted una mujer. Sólo que...

—¿Sólo qué, señor Rosefellow? —La sonrisa de ella se amplió.

—Bueno, que siendo usted una mujer podría correr algún peligro.

—¿Peligro? ¿De qué clase? —Enarcó las cejas Honey.

—Bueno, usted lo sabe bien. Han sido asesinadas dos mujeres. Si usted llegase demasiado lejos, si llega a descubrir al culpable, ¿no correrá peligro Usted misma de convertirse en otra víctima de ese criminal?

—Siempre cabe el riesgo en mi profesión —se encogió ella de hombros—. Pero si tuviera que rechazar un asunto por eso, no podría dedicarme a ser detective No tema, señor Rosefellow. Yo soy una investigadora no una muchacha inofensiva, Entre otras cosas domino judo y karate. Y casi siempre voy armada. El asesino no iba a encontrarse con una perita en dulce.

—Aun así, es peligroso...

—Quizá lo sea. Pero como le dije, son gajes del oficio. Si no tiene prejuicio sexual de ninguna clase, yo acepto su caso, señor Rosefellow.

—Cielos, claro que no. Sólo quería prevenirle. Tendré mucha fe en usted, no lo dude —se puso en pie—. Bien, señorita Normand, suyo es el caso, puesto que lo ha aceptado.

—Gracias. —Ella también sé incorporó, y tendió su mano a su cliente—. Le tendré sobre aviso de cuánto suceda. ¿Puedo telefonarle a su domicilio, o habrá quizá problemas en eso?

—No, no los habrá. Si pide por mí, el servicio me pasará la llamada.

—Pero en residencias como la suya, es muy probable que haya varios supletorios, ¿no es cierto?

—Claro —humedeció sus labios—. ¿Pero qué importa eso? ¿Es que cree alguien de mi casa va a espiar nuestras conversaciones?

Es muy posible, sí. Deme otro teléfono para los temas confidenciales. Lo prefiero.

—Bien, en ese caso —anoto con rapidez dos teléfonos en su propia tarjeta. Aquí tiene dos. Uno, el del bar donde habitualmente puede encontrarme después de comer y de cenar. El otro es de un buen amigo mío, Stuart Lawson. Fuimos compañeros de Universidad y tenemos una gran amistad. Posee una librería especializada veintitrés oeste entre Broadway y la Quinta Avenida, no lejos de nuestra casa. Acostumbro a ir mucho por allí. Otras veces nos encontramos en alguno de los sitios que frecuento. Y si el recibe una llamada, puede pasármela a casa sin que nadie sospeche

nada. ¿Conforme?

—Sí, conforme. —Asintió Honey mirando los números—. ¿Especializada en qué?

—¿Cómo? —se extrañó Douglas perplejo.

—Me refiero a la librería de su amigo Lawson. ¿En que está especializada?

—¡Oh!, en algo muy divertido —sonrió el joven, camino de la salida—. En libros de satanismo y magia negra...

Y abandonó la oficina, con su ingenua sonrisa grabada en el rostro atractivo y simpático.

Honey R. Normand, detective privado, se quedó pensativa, examinando aquellos dos números de teléfono con aire reflexivo. El primero tenía añadidas unas pocas palabras: Bar de Ruby. El segundo, simplemente un nombre: Stuart Lawson.

Ella guardó la tarjeta en su bolso, en un portadocumentos bajo su pequeño pero eficaz revólver calibre 28, cargado con seis proyectiles en el tambor. Cerró el bolso, y se acercó a la ventana. La lluvia empezaba a ser torrencial, y no tenía trazas de pararse, ni tan siquiera de ceder.

Torció el gesto. No es que sintiera nada especial contra la lluvia, como le ocurría a su cliente, que parecía obsesionado por ello. Pero tampoco le gustaba aventurarse por la ciudad bajo semejante aguacero.

Sin embargo, no podía hacer otra cosa. Había cobrado cinco mil dólares en ese momento, y no sólo quería celebrar tal efemérides, sino que debía ponerse a trabajar inmediatamente en el caso. Valía la pena preocuparse por un cliente así. Además, ése era su trabajo y le gustaba.

Antes de decidirse a salir, se aproximó al teléfono y marcó un número.

El teléfono repicó sobre la mesa, bajo un montón de papeles revueltos.

—Ya va, ya va —gruñó inútilmente Clay Malone, puesto que nadie podía oír su voz mientras cejaba su cigarrillo en el cenicero, abandonaba el ferroso tecleo de su máquina de escribir, y removía los papeles en busca del perdido aparato telefónico, sepultado; bajo el alud de hojas escritas.

Cuando finalmente dio con él y le descolgó, ya había sonado al

menos siete u ocho veces No por eso parecía nervioso Malone, que se limitó a refunfuñar:

—Clay Malone al habla. ¿Quién llama?

—Soy yo, Honey —sonó la voz femenina—. ¿Encontraste al fin el teléfono?

—Bueno, me costó un poco, encanto, pero lo logré —rió Malone, algo menos malhumorado—. ¿Se te ha perdido algo para llamarme en esta noche de perros?

—Quizá. Pensé en hallar a un buen amigo. Y se me ocurrió tu nombre.

—¡No me digas! ¿Se te ocurre algún otro cuando tienes que encontrar algo?

—Francamente, no —confesó ella, riendo—. ¿Podríamos vernos esta noche en alguna parte?

—Depende de la hora que sea ese encuentro, preciosa. Tengo que terminal un reportaje, seleccionar unas fotografías de archivo, y ver luego al jefe en su despacho, para coordinar no se qué diablos de reportaje para mañana.

—Eso puede ir bien. Sobre todo, si vas a visitar el archivo...

—Ya me parecía a mí. ¿Qué quieres esta vez, Honey?

—Anótelo. Y si puedes encontrar algo, llévalo luego a la *pizzería* de Tony. Te espero allí. Y te invito a cenar.

—Querida, no tengo mucho dinero, pero no me gusta que las mujeres me paguen la cena.

—Cierra el pico ya. He cobrado cinco por un trabajo, ¿oyes? Cinco mil dólares nada menos. Y eso es sólo la primera paga de mis honorarios, si todo va bien. ¿No crees que por una vez puedes dejar colgado tu machismo en el perchero de la redacción y venir a cenar con una chica que te invita para celebrarlo?

—Bueno, puestas así las cosas... ¡Cinco mil! Estoy por cambiar de oficio y meterme a policía privado, como tú...

—Puede que fuese un acierto pero ¿qué haría yo entonces para conseguir datos de un archivo de periódico?

—Ya te las arreglarías Puedes engatusar a cualquiera, maldita sea. Bueno, ¿qué querías de los archivos, encanto?

—Poca cosa. Encuéntrame cuento puedas sobre la familia Rosefellow, de la Quinta Avenida. De toda la familia. Y también todo lo posible sobre los asesinatos ocurridos en menos de un año.

Las víctimas eran dos mujeres, Jessica Langton y Audrey Scranton. Ambas murieron asesinadas en la calle. ¡Ah!, y en noche de lluvia.

—¿Lluvia? ¿Eso tiene algo que ver en el asunto?

—Francamente, no lo sé. Pero mi cliente supone que sí. ¿Podrás hacerme ese favor?

—Sabes que aunque no pudiera, tú insistirías hasta que fuese posible —rezongó Malone—. Está bien, Honey. Dentro de hora y media en la *pizzería* de Tony.

—Allí estaré —prometió Honey, colgando el teléfono.

Clay Malone colgó también, se quedó mirando el aparato y meneó su cabeza de rebelde pelo castaño, con una expresión divertida en sus grises ojos, joviales y astutos.

—Endiablada muchacha —gruñó—. Incluso yo sería capaz de dejar mi soltería por ella... si no fuese porque sólo está enamorada de su profesión. Una chica tan bonita, tan atractiva... y piensa más en su licencia de detective que en un hombre para casarse. Así va el mundo, con mujeres como ella, maldita sea...

Y refunfuñando, se sentó de nuevo ante su máquina, empezando a teclear con rapidez, mientras fumaba sin descanso.

CAPÍTULO III

La *pizzeria* de Angelo distaba solamente unas potas manzanas de la redacción del *Weekly Report*, la revista de sucesos más sensacionalista de toda la ciudad de Nueva York, título bastante difícil de obtener en una población donde las publicaciones de ese tipo proliferaban como hongos en un bosque.

Cuando Clay Malone empujó las puertas, maldiciendo la cortina de lluvia que caía sobre Manhattan, Honey ya esperaba, sentada a una mesa arrinconada, junto a un ventanal por el que chorreaba abundantemente el agua.

Clay se despojó de su impermeable y paraguas ayudado por un cantarero de aire latino, y se sentó frente a la muchacha, todavía con el ceño arrugado por la contrariedad.

—¿Algo va mal, Clay? —sonrió ella dulcemente fijando en él sus hermosas pupilas verdes.

—Todo —gruñó él, sacudiendo la cabeza—. Esta maldita lluvia, el jefe que está de malhumorado, el artículo que no me salía bien... y la circulación en esta condenada ciudad. He tardado más en coche que si hubiera venido andando, pero ¿quién puede deambular bajo un aguacero semejante?

—Deja de quejarte por todo y piensa en la excelente botella de vino tinto y las *pizzas* que he encargado para cenar. Eso te mejorará el humor.

—Muy bueno tiene que ser ese vino para hacer tal milagro.

—Mira: una botella especial, cosecha de siete años. Es lo mejor que tiene Tony...

El camarero puso, sonriente, una botella forrada de mimbre en la mesa. Clay la miró sorprendido, y luego enarcó las cejas. Su gesto huraño se suavizó considerablemente.

—¡Vaya, Honey! ¡Eso al menos vale veinte dólares! Es un vino fantástico.

—No he pedido el precio —rió ella—. Es mejor ignorarlo. Así sabrá mejor. Tú copa, Clay.

Sirvió en ambas copas el buen vino tinto italiano. Y cuando brindaron y saborearon el rojo caldo, Clay no pudo evitar que sus ojos brillaran. Chasco la lengua, murmurando jovialmente:

—Bueno, casi he olvidado ya que llueve, y todo lo demás. Esto es como entrar en el Paraíso —dejó su copa en la mesa y miró a Honey divertido—. Sólo que allí dicen que todos van desnudos... y yo te veo vestida.

—Para verme desnuda a mí, no te bastaría con ir al paraíso. Clay.

—¡Oh, claro que no! Bastaría con que te casaras conmigo. Pero sé lo que contestarías si te lo pidiera. Y seguiría sin verte desnuda.

—No pierdas las esperanzas. Tal vez algún día seas complacido.

—¿De veras puedo confiar que seas alguna vez mi mujer, Honey?

—No dije eso. —Un día, puedes verme desnuda, sólo con ir a mi misma sauna, piscina o playa. Entonces me lo pides. ¿De acuerdo? Desnudarse no es tan malo, después de todo. Yo no soy puritana, tú lo sabes.

—Ya me parecía a mí —se quejó Clay—. ¿Y qué diablos ganaría yo con verte desnuda? Eso empeoraría aún las cosas, si siguieras permaneciendo soltera.

—Dejemos el asunto. Vale más que no haga trabajar tu imaginación en ese sentido Clay. ¿Trajiste lo que te pedí?

—Hum, ya volviste a recordar que eres una mujer detective. Y eso que tenemos este vino... —asintió con la cabeza, ceñudo otra vez—. Sí traigo lo que pediste.

¿Adónde quieres ir a parar con el asunto que te han encargado?

—Aún no lo sé —suspiró ella—. ¿Hay algo malo en él?

—No lo sé, pero sencillamente, no me gusta.

—¿Por qué motivo?

—Ya te digo que no lo sé, pero esa familia, los Rosefellow... Son una gente extraña, la verdad.

—¿En qué sentido?

—En todos. No me gustan los Rosefellow.

—Dime, al menos, si has hallado mucho sobre ellos...

—Aquí lo tienes —le extrajo una serie de fotocopias de páginas

y documentos archivados en el *Weekly Report*—. No sé si te servirá de algo, pero es todo lo que tenemos sobre los importantes y ricos Rosefellow de la Quinta Avenida, y sobre esos dos crímenes que citaste. Por cierto, no parecen guardar relación alguna entre sí... Pero la segunda víctima era prometida de un Rosefellow, el joven Douglas.

—Ya. Y la primera, era amante del mismo Rosefellow —suspiró Honey, tomando las fotocopias.

—¿Eh? —se asombró Clay—. ¿E = .u es cierto?

—Al menos, es lo que él confeso, sí.

—¿De modo que Douglas Rosefellow es tu cliente?

—No me pidió que lo mantuviera secreto. No faltó a ningún principio ético si te lo digo a ti. Espero sólo que no utilices eso en tu periódico, claro.

—Sabes que no lo haría por nada del mundo. Dime, Honey, ¿lo sabes todo, absolutamente *todo*, sobre Douglas Rosefellow?

—Sé lo que él me contó. Conozco cómo es su familia, regida por su madre, y las dificultades que él encuentra para vivir su propia vida. También sé que heredará la fortuna paterna sólo cuando se case. Y hasta ahora, han matado a una amante y una novia que tuvo. Raro, ¿no?

—Muy raro. Pero veo que sigues sin saberlo todo.

—¿A qué te refieres?

—Lo encontrarás en una de esas fotocopias. Douglas Rosefellow tendrá que hacer algo más que casarse para heredar los millones del viejo Jonathan Rosefellow, fallecido hace ocho años, y cuya fortuna administran ahora su viuda, Agnes Rosefellow, y el administrador legal de la familia, Ralph Rosefellow, tío de tu cliente.

—Sabía eso. Pero ¿qué es lo que ha de hacer mi cliente, además de contraer matrimonio, para entrar en posesión de su herencia?

—Demostrar sin lugar a dudas que está perfectamente sano.

—¿Sano? —Enarcó las cejas Honey—. No me pareció enfermo en absoluto. Su aspecto era saludable, incluso fuerte y vigoroso...

—No me refería a su físico, sino a esto. —Clay se tocó la cabeza, significativamente.

—¿Eh? —Honey pestañeó—. ¿Te refieres a... su mente?

—Eso es. Douglas Rosefellow pasó internado dos años en un centro psiquiátrico. Eso sucedió hace exactamente tres años y unos

meses. Apenas salió de allí, entabló sin duda relaciones con esa mujer, Jessica Langton, si es cierto lo que él dijo. Y unos meses más tarde, alguien asesinaba a su amante. Pero el hecho cierto es que, clínicamente, Douglas Rosefellow está solo en un período de recuperación. Los médicos no le han dado el alta definitiva. Y en consecuencia, no puede ser heredero legítimo de su padre hasta que una vez casado, los psiquiatras confirmen su total curación, ¿entiendes, Honey?

—Sí, entiendo —ella movió la cabeza despacio, afirmativamente, y apuro su copa de buen vino—. ¿Por qué no me contarla él eso?

—No lo sé. Pero según ese viejo reportaje que te he fotocopiado, la cosa viene de tiempo. Ya de muchacho, en la Universidad, sufrió trastornos psíquicos importantes. Que se manifestaron con mayor virulencia cuando tuvieron que internarle en el sanatorio muy caro, costado naturalmente por los Rosefellow. Al parecer, le ocurrió algo en sus años de universitario, algo que le afectó mentalmente de algún modo, pero sobre eso no he encontrado cosa alguna en los archivos, la verdad... —se interrumpió, y su gesto cambió, haciéndose jovial—. ¡Ah, Honey, olvidemos ahora los asuntos desagradables! Aquí vienen las *pizzas*, doradas y crujientes. ¡Y con un olorcillo...!

Honey no dijo nada Pero de repente, parecía haber perdido todo su entusiasmo por el buen vino italiano y las *pizzas* de Tony Angelo.

Apenas si llovía va cuando abrieron las puertas de la *pizzería* para salir a la calle. Caían unas gotas, pero el asfalto estaba cubierto de amplios charcos y el aire de la noche se había hecho frío y húmedo.

El tráfico era va mucho menor en las arterias de Manhattan, y Clay Malone se volvió hacia su compañera.

—¿Viniste en taxi? —Y ante el asentimiento de ella, invitó—: Ven en mi coche, te llevaré a casa. ¿Te parece bien?

Otro asentimiento por parte de Honey, y cruzaron la calle, hacia el *parking* donde el periodista dejara su automóvil. Subieron a él, partiendo hacia Broadway por la Calle Prince. Honey iba meditativa, mientras Clay conducía, haciendo deslizar los neumáticos del vehículo sobre el negro asfalto espejeante, y los grandes charcos de lluvia.

—¿Preocupada? —indagó.

—Un poco —admitió ella.

—¿Por la cuenta de Tony? —rió él, jocoso.

—No seas tonto —suspiró la joven—. Sabes por qué.

—¿No te gusta la idea de tener un cliente mentalmente dudoso?

—No me gusta que me ocultara eso.

—Tal vez no le guste hablar del tema. O considere que no tiene relación alguna con el asunto.

—Puede que sea así. Pero debió decírmelo. Sobre todo, después de insistir tanto en el tema de la lluvia...

—¿La lluvia? —Clay dejó de mirar a la calle y a sus luces, reflejadas en la negrura espejeante de los charcos y del asfalto mojado, para contemplar a su compañera de asiento—. Recuerdo que mencionaste eso por teléfono. ¿Quieres aclararme algo más todo eso?

—¿No lo mencionan los datos de archivo? Las dos mujeres fueron asesinadas en noches lluviosas.

—Bueno, resulta normal que así ocurriera, aunque la verdad es que no he leído nada al respecto. A Jessica Langton la mataron a finales de noviembre. Y a Audrey Scranton en este mes de octubre. ¿No resulta lógico que llueva en Nueva York en estas fechas?

—Ya se lo dije. Pero él insistió, Parecía realmente obsesionado con la idea de la lluvia. Incluso daba la impresión de sentirse asustado.

—¿Asustado? ¿Por el simple hecho de que hoy llovía?

—Sí, así es. Ahora que has mencionado esa cuestión psíquica suya, es posible que por ello le dé a ese factor más importancia de la que realmente tiene. El miedo que le producía la lluvia no resultaba normal.

—Es raro, ¿no? —Clay puso en marcha su coche. Y de pronto giró la cabeza, tras una ojeada al retrovisor. Pero sin comentar nada, siguió conduciendo, y añadió, pensativo—: ¿Por dónde piensas empezar tus averiguaciones?

—Aún no lo sé —confesó ella—. Primero debo de examinar todo lo que me has proporcionado. Mañana resolveré cómo enfocar la cuestión. Pero imagino que la familia Rosefellow puede ser un buen inicio para ese misterio.

—Lo imaginaba —asintió Clay Malone, reduciendo velocidad

ante un semáforo que mostraba ya su guiño en ámbar, antes de pasar al rojo—. Es una de esas familias ricas, poderosas y llenas de prejuicios. Agnes Rosefellow, la viuda, conduce a todos como en un típico matriarcado autoritario y rígido. Nadie se le puede oponer, porque las riendas de la situación familiar están en sus manos totalmente.

—¿Son notables por algo más que por su dinero y posición social, Clay?

—En cierto modo. Ralph Rosefellow, el tío de tu cliente, fue un héroe en la Segunda Guerra Mundial, y estuvo como un oficial veterano en Corea. Colaboró en reclutar gente para Vietnam, de modo que puede decirse dos cosas de él: o es un gran patriota... o un belicista de tomo y lomo. Elige la versión que gustes.

—Elegiré la que descubra por mí misma. ¿Y el hermanito mimado?

—¿Edward? —Clay se encogió de hombros—. Ahí, en esos artículos que te he entregado, menciona su afición al juego y a las mujeres fáciles. Pero su madre no le escatima ayuda económica, pese a ser un haragán que sólo se preocupa de aparecer en las noticias de sociedad, o practicando deportes por snobismo, sin mucha brillantez.

—Son puntos de vista muy interesantes. Es una familia rara la de los Rosefellow, estoy convencida.

—Sí, mucho —admitió Clay, volviendo a iniciar la marcha cuando cambio el semáforo de color. Y de nuevo miró por el retrovisor, pensativo.

—¿Lo has notado? —preguntó Honey bruscamente.

—¿Eh? —El reportero se volvió, sorprendido.

—Me refería al coche que nos sigue hace rato —sonrió Honey, clavando unos ojos verdes, extrañamente fríos, en el mismo retrovisor—. El color marrón metálico.

—Vaya, creí que era imaginación mía solamente —resopló Clay—. Sí, lo he observado varias veces ya. Pero podría ser casual...

—No, no lo es. Nos sigue.

—¿Por qué estás tan segura?

—Mitad instinto, mitad dotes de observación. Se pasó un semáforo en rojo tres manzanas atrás, para mantenerse a distancia adecuada. Lo hizo intencionadamente. No quiere perdernos de

vista.

—¿Quién crees que puede ser?

—Sé tanto como tú. Pero actualmente, sólo llevo un asunto entre manos: el de Douglas Rosefellow, precisamente.

—Entonces, hay noventa y nueve probabilidades entre cien de que sea alguien relacionado con ese asunto.

—Yo diría que las cien al completo —rió Honey entre dientes, con serenidad.

—¿Qué hacemos? ¿Intentamos burlarle?

—No Deja que nos siga, si eso le gusta. No le costaría mucho encontrar mis señas, si quisiera averiguarlas. De modo que lo único que conseguirá es gastar gasolina y tiempo para saber dónde vivo.

—Ten cuidado. Podría agredirte...

—Voy preparada —hundió la mano en el bolso y extrajo su revólver calibre 28, que agitó significativamente—. Además, no siempre que le siguen a uno es para internar algo agresivo. Quizás alguna persona vigilaba a Douglas Rosefellow, y ahora esa persona se preocupa de vigilarme a mí.

—Aun así, no me gusta —torció el gesto Clay—. No entiendo por qué una mujer como tú, joven y bonita, se dedica a un oficio tan peligroso.

—¿Se supone que por el hecho de ser mujer, y no mal parecida, debo dedicarme sólo a zurcir calcetines y hacer la compra?

—No es eso, Honey, tú va me entiendes. Hay otros trabajos para una chica inteligente y moderna.

—Yo tengo ya mi oficio, gracias —suspiró ella, burlona—. Ya puedes parar Allí está mi casa.

Clay asintió, reduciendo la marcha del coche, hasta detenerse ante el edificio de apartamentos donde residía Honey. Instintivamente, miro de nuevo hacia atrás. No vio ni rastro del coche marrón metálico.

—Parece que nos equivocamos —comentó aliviado—. ¿Te acompaño arriba?

—No, gracias No hace falta, Clay. No hay motivos para que nadie me haga daño. Y ya ves que ni siquiera nos sigue ya aquel coche —hizo notar ella, aunque su gesto seguía siendo pensativo.

Bajó del coche, y el aire agitó su falda en torno a las bien formadas piernas. Hizo un gesto amistoso a su compañero, que le

dirigió una sonrisa.

—Como quieras —habló Malone—. Felices sueños. Y cuídate mucho. Hay algo en ese asunto que has aceptado que no termina de gustarme. Eso no es como seguir a una esposa casquivana o a un marido adúltero.

—Lo tendré en cuenta, Clay —asintió ella—. Acostumbro a cuidarme siempre. Buenas noches. Y me alegra que pasaras un buen rato conmigo.

—Ha sido una velada inolvidable. Como el vino y la *pizza*. Gracias por invitarme, Honey.

—No digas eso. Me devolverás la invitación cuando escribas un gran artículo sobre un caso que yo resuelva, y le conceda la exclusiva de la información, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Hasta siempre, Honey —agitó su mano, y esperó a que ella entrase en el edificio. Cuando lo hubo hecho, maniobró, para iniciar el regreso.

Había dejado ya atrás varias manzanas, cuando redujo la marcha. Una repentina idea le asaltó. Y rectificó, volviendo de nuevo al edificio de apartamentos de Honey por otra calle diferente.

Ya, antes de llegar, descubrió el coche marrón metálico, aparcado frente al edificio. No le gustó en absoluto. Y eso que ya lo había presentado así.

Frenó su coche y, rápidamente, sin dudarle un solo instante, cruzó la calzada con zancada rápida, y se aproximó al misterioso coche, cuya maniobra de seguimiento era va indiscutible.

Llego junto al vehículo en cuestión, y se inclinó, abriendo la portezuela con un violento impulso.

—Y bien, caballeros —dijo, vislumbrando a dos hombres sentados en el asiento delantero del coche—. ¿Pueden decirme ahora a qué diablos se debe que nos hayan estado siguiendo y que ahora vigilen el domicilio de una amiga mía?

Dos rostros sorprendidos se enfrentaron con él. Evidentemente, los ocupantes del automóvil color marrón metalizado, no esperaban semejante abordaje por parte suya, y tuvieron un instante de desconcierto. No fue muy prolongado, sin embargo.

Antes de que Clay Malone pudiera preverlo, la respuesta le llegó por parte del más próximo, el que se hallaba sentado al volante. Y no fue una contestación de palabras, sino de hechos directos y

contundentes.

El conductor estiró una de sus piernas súbitamente, alcanzando de lleno a Clay en el abdomen. Simultáneamente a eso, su zurda le estrelló en el rostro un objeto pesado y duro, posiblemente un arma de fuego porque notó el impacto de algo metálico, cilíndrico, contra su mentón.

Cayó atrás, soltando una imprecación iracunda, e intentó, pese al dolor de su mandíbula golpeada, incorporarse para saltar sobre los ocupantes del coche.

Éstos no le concedieron tal oportunidad. Velozmente, sin perder un momento, se cerró la portezuela y el coche arrancó, a toda velocidad, perdiéndose en la esquina inmediata, con un largo chirrido de neumáticos en el asfalto húmedo.

Cuando Clay quiso hacer algo, ya era tarde. El coche se había perdido de vista, y el abdomen le dolía mucho, aunque no tanto como su lacerada mandíbula.

—¡Malditos hijos de perra...! —jadeó, disgustado, sintiéndose profundamente ridiculizado y fracasado, allí sólo en medio de la desierta calle.

La voz femenina le sobresaltó todavía más:

—Oh, Clay, ¿por qué no me dejaste a mi hacer las cosas a mi modo?

Giró la cabeza, airado. Honey aparecía en la puerta de su casa, revólver en mano, con aire tranquilo y sereno. Maldiciendo entre dientes, replicó, yendo a su encuentro con una mano en el vientre:

—Estaban aquí esos tipos. Eran dos. El coche marrón metalizado, ya sabes.

—Claro —sonrió ella aunque sus ojos eran graves al fijarse en él. Lo sospechaba así. No subí a casa. Estaba disponiéndome a intervenir cuando tú volviste a meter la nariz en el asunto Clay.

—¿Tú lo sabías? ¿No habías subido a tu apartamento?

—Claro que no —ya estaba junto a él—. Era lógico que sucediera algo así, si esos individuos iban siguiéndonos, como imagine. ¿Por qué tuviste que embrollar las cosas? Si hubieran sido realmente peligrosos, incluso podían haberte matado.

—No me lo recuerdes, maldita sea —refunfuñó de mala gana—. Lo sé. Iban armados. Esta caricia me la hicieron con un revólver.

—Sí, no hay duda —sus dedos, suaves, cariñosos, se apocaron en

su mentón y los ojos verdes examinaron críticamente su lesión facial—. Esa señal es la típica de un punto de mira al cortarte la piel. ¿Quieres subir? Te curaré eso arriba...

—¡No, infiernos! —Gruñó Clay—. Ya me curaré yo en casa, no hace falta. Es más el disgusto por haberme dejado sorprender, que el daño que me causaron.

—Aun así, deberías subir. Tengo un buen botiquín en casa. Vamos, acompáñame. Te daré también un *brandy* o un *whisky*. Te sentará bien.

—Bueno —gruñó Clay Malone—. Tú ganas. Pero esos tipos me pagarán lo que han hecho hoy. ¿Te das cuenta cómo tenía razón? Éste es un asunto peligroso...

—Sí, sobre todo para ti —rió ella suavemente, iniciando la marcha hacia el edificio de apartamentos, esta vez en compañía de Clay, que se limitó a echarle una mirada ceñuda cuando oyó la ironía.

Pero como Honey tenía toda la razón del mundo, el joven reportero optó por callarse.

—De todos modos —comentó, cuando llegaban ya al apartamento de la investigadora—, creo que debes andar con cuidado en este asunto.

—Lo sé, Clay. Hablando en serio ahora, esto no me gusta. No sé por qué nos siguieron ni por qué vigilaba esa gente mi domicilio. Pero sea por la razón que fuere, tiene que estar relacionado con Douglas Rosefellow y su caso. No puede ser de otro modo. Yo no creo en casualidades.

—Por tanto, hay algo más que un posible maníaco que mate a las mujeres en noches de lluvia, ¿no crees?

—Sí, Clay, eso es justamente lo que creo —suspiró ella, abriendo la puerta de su apartamento—. Entra. Te curaré en seguida, y luego tomarás esa copa, para marcharte inmediatamente a tu casa. Ésta no es una estratagema de mujer solitaria, que conste.

—De sobra lo sé —resopló Clay, riendo, al entrar en el apartamento. Luego, miró de soslayo a la joven, cuando ésta encendía las luces y cerraba la puerta cuidadosamente, con pestillo y cadena—. Mañana, ¿qué es lo que piensas hacer para iniciar este asunto, querida?

—¿Y aún lo preguntas? —Ella se encogió de hombros—. Visitar

a los Rosefellow, naturalmente... pero sin decir quién soy ni a lo que me dedico, claro está.

CAPÍTULO IV

Era una mansión realmente impresionante.

Amplia, antigua, residuo de los viejos tiempos neoyorquinos, como tantas otras señoriales de la Quinta Avenida. Ladrillos rojos, piedra gris y tejados de pizarra con chimeneas. Algo que formaba parte de un Nueva York diferente, que no volverá nunca más. Un Nueva York más íntimo, menos masificado, donde los rascacielos no eran aun los grandes invasores de la metrópoli, aunque ya apuntasen de modo paulatino su hegemonía.

A Honey le dio la impresión de hallarse ante un edificio de los tiempos de los *pulps*^[1], donde sólo faltaba ver un viejo *roadster* y un fusil ametrallador de tambor, propio de los *racketeers* de entonces, Pero estaba en los años setenta, y los edificios de alrededor marcaban más su paradoja con la vieja y señorial mansión de la familia Rosefellow, rodeada aún por los jardines y la alta verja de tiempos pasados.

Honey R. Normand, detective privado, tenía tarjetas de visita de numerosas profesiones diferentes a la suya. Desde periodista a consultora de encuestas, podía pasar por cualquier cosa convincente que le permitiera entrar en un domicilio sin despertar sospechas. Esta vez, su estratagema consistió en presentarse como informadora social de una cadena de televisión privada, identidad que corroboró con una tarjeta de visita y otra falsa de identificación como tal.

Ralph Rosefellow, tío de Douglas y cuñado la señora Rosefellow, fue quien la recibió, tras ser anunciada por el mayordomo.

Ralph era un hombre alto, enjuto, de tez bronceada y cabellos salpicados de canas que plateaban sus patillas y sienes con un evidente interés que él no ignoraba. Vestía una chaqueta de punto azul, un pañuelo amarillo oscuro al cuello, sobre una camisa azul pálido, y pantalones de un tono tostado, con zapatos de ante color ligeramente amarillo. Era un conjunto deportivo, más propio de un

joven que de un hombre ya maduro como él.

—Bien, señorita Normand —dijo con exquisita cortesía, usando el nombre de su visitante, que ésta nunca cambiaba, para no caer en un hipotético delito de usurpación de personalidad o de utilización de nombre falso—. Usted me dirá qué debo el placer de su visita, y qué interés puede tener su cadena de TV con nosotros...

—No es exclusivamente en ustedes, por supuesto, sino en las veinte más importantes familias del país, señor Rosefellow —rió Honey con su más deslumbrante simpatía—. Usted tiene que saber que son una de ellas, ¿no es cierto?

—Bueno, no llevo cuenta exacta de los que podemos importar algo en el ámbito social de los Estados Unidos, pero evidentemente la fortuna de mi difunto hermano tiene que habernos dejado en una posición destacada. No obstante, me temo que nuestra vida como tal familia, tenga escaso interés para el público de la televisión.

—No lo crea. Las pequeñas anécdotas y los sucesos cotidianos de cualquier familia famosa, causan siempre las delicias de nuestros espectadores. Y no me refiero exclusivamente a problemas o contrariedades, sino a cualquier hecho por trivial que parezca.

—En ese caso... usted dirá.

—Pongamos, por ejemplo, a la señora Rosefellow. ¿Cuál es su vida desde que enviudó del señor Rosefellow, de tan imborrable recuerdo como financiero, filántropo y hombre de sociedad?

—¿Mi cuñada? —El gesto de Ralph fue indefinible—. Ella no gusta del brillo de la vida social, de las reuniones ni de la filantropía cara a la galería. Prefiere hacer donativos a entidades caritativas sin que se mencionen para nada. Y respecto a la vida familiar, trata de seguir siendo el alma y cerebro de los Rosefellow con bastante acierto. Puede decirse que ella es el centro de este hogar y de la vida en él.

—Perfecto —anotó Honey iodo eso con aparente entusiasmo—. Hablemos ahora de los demás miembros familiares. Usted, por ejemplo.

—¿Yo? —Sorprendido, Ralph enarcó las cejas—. Bien, poco hay que decir de mí. Me gusta practicar deportes náuticos y golf. A veces, muy pocas, el tenis. Tengo ya cincuenta y dos años pero me siento joven y vigoroso. Tengo una hijastra. Angie Miller, de mi segundo matrimonio, y enviudé dos veces. No me gustan los asuntos

amorosos, romances y todo eso, pero me encanta frecuentar la amistad de bellas jóvenes del mundo del espectáculo, sin que eso signifique idilio con ninguna. Mi sobrino Edward, también siente afición por la escena, pero él es más enamorado, cosa lógica en un joven de veinticinco años. Incluso trabajó en tres ocasiones como actor aficionado. Una vez, interpretando nada menos que a Shakespeare. Las dos restantes, como animador de revista. Ya verá que somos una familia polifacética —concluyó riendo.

—En efecto. Pero creo que la señora Rosefellow tiene más de un hijo...

—¡Oh, en efecto! Douglas. Es el mayor. Casi treinta años ya, aunque parece más joven. Soltero igualmente. Cuando se case, heredará la fortuna familiar. Y no me pregunte cuántos millones, ya adivino su intención, señorita —soltó una suave carcajada—. Ni siquiera yo lo sé. Ni tampoco nuestro administrador legal y albacea conmigo, el abogado Kingsley. Son muchos millones, pero ignoro cuántos.

—¿Todo lo hereda Douglas? ¿Es heredero universal?

—El hereda la mayor parte. El resto, es de Edward, pero no entrará en posesión de ello hasta morir su madre, debiendo compartir ambos esa fortuna, administrada siempre por ella, ¿entiende?

—Un extraño testamento, ¿no es cierto? —apuntó ella ingenuamente.

—Sí, muy extraño —admitió Ralph—. Mi hermano siempre fue muy especial en sus decisiones. Pero no tuvo nunca favoritismos por ningún hijo.

—Entonces, ¿por qué ese diferente trato en la manera de dejar su dinero a ambos?

—Eso, sólo él lo sabía cuando lo hizo. Lo cierto es que siempre deseó ver casado a Douglas, y con un hogar formado. Tal vez ésa sea la razón.

—¿Y respecto a Edward, qué quería exactamente su padre, en tal caso?

—Sabía que es incorregible —rió su tío—. Edward no se casará nunca. Le gusta volar libremente. Y lo único que puede sujetarle un poco, es tener la fortuna en manos de su madre mientras ésta viva.

—¿Y cuando ya no exista ella?

—Entonces, sólo Dios sabe lo que ocurrirá. Tal vez dilapide su dinero con las chicas de revista, o tal vez haya sentado entonces la cabeza. ¿De veras cree que eso va a interesar al gran público?

—Estoy convencida de ello, señor Rosefellow. Ahora, una última pregunta, y no le molestaré más: ¿esa gran fortuna la maneja solamente la señora Rosefellow?

—¡Oh, no! Mi cuñada es una mujer de negocios y de gran carácter, pero necesita un asesor familiar y otro jurídico. Ésa es mi labor y la del abogado Kingsley. ¿Eso responde a su pregunta?

—Sí, gracias —suspiró Honey, poniéndose en pie—. Creo que es todo. Ha sido muy amable conmigo.

—¡Oh, por favor, no diga eso! —protestó Ralph vivamente—. Ha sido un placer atenderla. Lo cierto es que esperaba más preguntas todavía. No me ha molestado lo más mínimo.

—En ese caso, señor Rosefellow, y abusando de su amabilidad, ¿podría hacerle aún otra pregunta más, antes de irme? —Se detuvo ella en medio de la amplia y suntuosa sala, amueblada al estilo de cualquier mansión señorial de cuarenta años atrás.

—Por supuesto, señorita Normand —asintió Ralph Rosefellow, caballeroso—. Hágala, se lo ruego, Y si puedo responderla... cuente con ello.

—Muy bien. ¿Qué piensa la familia Rosefellow sobre la muerte de Audrey Scranton, prometida de Douglas, asesinada casi un año después de haberlo sido también Jessica Langton, una joven que fue amante de su sobrino?

La pregunta brotó con naturalidad. Pero dejó helado a su interlocutor. Honey estuvo casi segura de que si en este momento pinchan a Ralph Rosefellow en sus venas, no hubiera brotado ni una sola gota de sangre.

Y la respuesta llegó, pero no la pronunciaron los Sabios de su anfitrión, sino una voz diferente, fría y casi áspera, a espaldas de Honey:

—Señorita, ¿qué puede importar a usted ni a nadie lo que acaba de preguntar, y por qué supone que esas dos muertes tienen la más mínima relación entre sí?

Antes de volverse, Honey sabía perfectamente con quién iba a encontrarse. No le sorprendió, por tanto, verse cara a cara con una dama alta, arrogante, altiva y glacial, de cabellos levemente

canosos, collar de perlas al cuello, sobrio vestido oscuro, y gesto adusto y dominante, en un rostro pálido, de cejas arqueadas, nariz afilada y apretada boca de delgados labios.

Aquella dama, evidentemente, era la dueña y señora de la mansión, Agnes Rosefellow en persona.

—Tengo motivos para pensarlo, señora —dijo con sereno acento la joven investigadora, manteniendo su mirada fija en la dueña de la casa, sin el más leve pestañeo.

—Dígame cuáles... y por qué se interesa usted en ese desagradable asunto —le exigió fríamente la madre de su cliente, también sin un solo parpadeo.

—Querida Agnes, la señorita es de una entidad de televisión privada. Se interesan en la vida y anécdotas de las grandes familias americanas —se apresuró a explicar Ralph Rosefellow—. Supongo que un hecho como la muerte de la prometida de tu hijo, puede ser muy importante, para la opinión pública.

—Quizás —admitió con sequedad la dama—. Pero eso no significa que tengan que relacionar dos asuntos tan diferentes entre sí, Ralph.

—Bueno, en eso tienes razón... —Ralph se volvió, ceñudo, hacia la muchacha—. ¿Por qué dijo eso, señorita? ¿Qué le hace suponer que esos desgraciados sucesos tengan algo que ver entre sí?

—En televisión también oímos rumores y comadreo, señor Rosefellow. —Sonrió con serenidad Honey—. Y esos rumores hablaban de una relación íntima entre Douglas Rosefellow y la primera víctima. Jessica Langton. Por eso hice la pregunta.

—Pues la hizo muy mal señorita —cortó la dama con su frialdad habitual—. No nos gustan los comadreo malintencionados, ¿comprende?

—Perdonen si les molesté —trató de mostrarse ahora humilde al disculparse Honey—. Pero pensé que no habría problemas en hablar de ese asunto, puesto que la familia Rosefellow nada tiene que ver en ello, salvo como víctimas indirectas de unos ingratos y sangrientos sucesos.

—No vuelva a inmiscuirse en eso, señorita. Ni nos interesa el tema, ni la televisión tiene por qué mencionar la cuestión, a menos que quieran vérselas con nuestros abogados.

—No tienes que violentarte, Agnes —trató de apaciguar su

cuñado—. La señorita Normand sólo hizo una pregunta, en el cumplimiento de su obligación. Eso es todo. Ella ha comprendido perfectamente la situación, estoy seguro de ello.

—Sí, ciertamente —afirmó Honey con un suspiro—. La he entendido, señor Rosefellow. Ahora, deberán disculparme. Me marchó ya. Creo que mi encuesta en esta casa ha terminado. Repito mis disculpas... y buenas tardes.

Ralph pareció dispuesto a acompañarla a la salida, siempre galante. Por su parte, la señora de la mansión se quedó atrás, erguida, inexpresiva, aunque con evidente hostilidad en sus claros ojos, fijos en la joven visitante.

En ese preciso momento, la puerta de la estancia se abrió, y dos jóvenes de diferente sexo aparecieron allí, riendo jovialmente, cogidos de la mano. Ella vestía traje de tenis, con falda muy corta, sobre los bien formados muslos bronceados, llevaba una raqueta en la otra mano, y una cinta celeste sobre sus cabellos castaños, no muy largos.

El hombre, también joven y deportivo, lucía un chandal verde oscuro, con franjas blancas, y zapatos de deporte. Sudaba copiosamente, y llevaba también una raqueta y un bote de pelotas de tenis.

—... Ha sido un excelente partido, Edward querido —decía ella jovialmente, con su risa fácil asomando también a los ojos castaños—. Y, sobre todo, una gran victoria.

—Te felicito, ciertamente, Angie —dijo el joven alegremente—. Has progresado mucho en esos últimos meses. Creo que casi podrías batirte ya con Chris Evert, y ponerla en dificultades.

—¡Exagerado! —rió ella de buen humor—. ¿Es que tú te has creído que eres Connors?

Ambos soltaron la carcajada. Y se detuvieron, sorprendidos, al verse ante la joven desconocida, a quien miraron con interés y extrañeza, aunque de sus rostros no desapareció el gesto risueño. Cambiaron luego una ojeada con Ralph y con su cuñada.

—Buenos días —saludó alegremente el hombre—. ¿Ocurre algo en casa?

—No, nada, sobrino —sonrió Ralph, algo forzado—. Esta joven vino a hacernos unas preguntas para un programa de televisión sobre familias importantes del país. Señorita Normand, estos

jóvenes son mis sobrinos Edward y Angie. Ella es hija de un cuñado mío. Sus padres murieron en accidente aéreo cuando era casi una niña. El es Edward, hermano de Douglas. Son dos primos que se llevan maravillosamente bien, como verá.

—Es un placer conocerles —aseguró Honey, con una sonrisa—. ¿Les gusta el tenis, por lo que veo?

—Mucho —asintió ella—. Mi primo Edward es un buen maestro.

—Y ella una excelente alumna —rió él—. Dígame, señorita Normand, ¿podemos responder a alguna pregunta suya sobre ese cuestionario? Me encanta que la televisión hable de mí.

—Eso depende enteramente de usted. Si tiene algo realmente interesante que contar, algo anecdótico o de interés humano... pues adelante.

Edward y su bella prima cambiaron una mirada. Luego, ambos se echaron a reír como si pensarán lo mismo. Y fue ella. Angie, quien respondió:

—Lo siento, señorita. Imagino que no hay nada que interese a su a telespectadores por desgracia. Nosotros no tenemos grandes novedades en nuestra vida. Creo que los amoríos de Edward con chicas de teatro, no gustarían a los puritanos. Y mi vida tampoco ofrece alicientes para el gran público.

—Exacto —asintió Edward—. A nosotros no nos ocurre como a mi hermano Douglas. El sí tiene tema para usted, seguro. No todo el mundo ve roto su noviazgo por un brutal asesinato en plena calle...

—¡Cállate, Edward! —le cortó fríamente la voz autoritaria de su madre—. Hemos hablado ya demasiado de ese desagradable asunto, incluso con la señorita Normand.

—Lo siento, mamá —se disculpó el joven—. No podía saberlo...

—¿Y por qué silenciar lo que todo el mundo sabe, tía Agnes? —Pareció irritarse de pronto la joven Angie, revelando así un carácter rebelde y poco conformista—. ¿Es que por dio vamos a cambiar quizá las cosas?

—Angie, será mejor que no sigas hablando —le reprendió su tía con enérgico tono de reproche—. Sabes que no me gusta repetir las órdenes.

—Lo siento, tía, pero es la pura verdad. Douglas no se casará, por causa de ese horrible crimen que aún no se ha descubierto. Y todos sabemos aquí que también ames de ahora, otra chica a quien

mi primo amaba, tuvo un final que...

—¡He dicho que calléis todos! —Era casi un trallazo la voz Imperativa de la dueña de la casa—. Señorita Normand, le agradeceré que se ausente lo antes posible. No me gusta que ningún extraño sorprenda las conversaciones familiares, ¿comprende?

—Sí, señora. Eso está muy claro —también Honey se mostró ahora algo seca y hostil con la cabeza rectora de los Rosefellow—. Buenos días, señores.

—Adiós, querida —se despidió Angie con inesperada cordialidad, poniendo una mano en el brazo de Honey—. No se sorprenda demasiado por todo esto. Incluso las mejores familias americanas tienen trapos sucios que lavar en casa...

Y le guiñó un ojo, ganándose una fría y fulminante mirada de su tía Agnes. Honey caminó hacia la salida, ante el silencio incómodo de Ralph y de su sobrino Edward.

Justamente cuando abría la puerta de sólida madera de caoba, para abandonar la estancia y salir al vestíbulo de la mansión, se encontró de frente con él.

Douglas Rosefellow iba a entrar en la casa cuando ella salía. Se quedó petrificado, la mirada fija en ella, con expresión aturrida. Boqueó, sin saber qué decir y, rápidamente, Honey se apresuró a hablar, para que él no estropease las cosas.

—Perdone. ¿Es usted otro miembro de la familiar Rosefellow? Yo soy Honey Normand, de los servicios de reportajes y encuestas de la televisión independiente de la Cadena Eastern TV, y...

En ese momento, fuera de la casa retumbó el trueno. Y en los jardines de la mansión, así como en sus amplias vidrieras, fue audible el tamborileo de la repentina lluvia.

De modo inesperado, Douglas Rosefellow reaccionó incomprensiblemente.

Se quedó mirando a Honey, vaciló, muy pálido, y se desplomó de bruces en la espesa alfombra.

Había perdido el conocimiento.

Ralph corrió a inclinarse junto a su sobrino, al tiempo que avisaba con voz aguda a los demás.

—¡Pronto, llamad al doctor Lee! ¡Douglas ha vuelto a desmayarse!

Honey no dijo nada. Se quedó mirando a su diente, inmóvil a sus

pies. Le hubiera gustado entender lo que sucedía, pero ello no parecía sencillo. Ni creía que los demás miembros de la familia estuviesen en situación favorable para darle una explicación de lo sucedido.

De modo que optó por encaminarse a la salida, sin volver siquiera la cabeza. Sin embargo, aún tuve ocasión de escuchar las palabras amargas de Angie Rosefellow, cuando habló no lejos de ella, mirando a su primo inmóvil en la alfombra:

—Siempre lo he dicho, Douglas no está bien. Incluso creo que vuelve a empeorar por momentos...

Nadie le contesto Nadie objetó cosa alguna. Honey miró a Angie a través de un gran espejo de marco dorado en el vestíbulo.

Angie parecía mirarla fijamente también, como si pretendiera decirle algo sin palabras. Pero Honey no pudo saber lo que era. Entre tanto, Ralph y Edward tendían ya a Douglas en un sofá mientras era la propia señora Rosefellow, la madre, quien con toda frialdad, como si lo sucedido a su hijo no la afectara lo más mínimo, quien descolgaba el teléfono y llamaba al médico de la familia con voz en la que no se advertía el más leve temblor de emoción.

Honey salió. La gran puerta de la mansión se cerró tras ella. Cruzó el jardín por su senda de grava, bajo la incipiente lluvia, formada por gruesos goterones que caían del nublado cielo de la mañana.

—Extraña familia... —se dijo para sí con gesto preocupado—. Muy extraña. Es evidente que quieren ocultarlo todo: las muertes de las dos mujeres... y la dolencia psíquica de Douglas. Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que temen, realmente? ¿Qué es lo que asustó tanto a mi cliente, como para hacerle perder el conocimiento al entrar?

En el cielo plomizo de Manhattan, centelleó un fulgor cárdeno. Retumbó el trueno sobre los rascacielos del centro urbano. Honey levantó los ojos, preguntándose si sería el trueno el que provocó la crisis en el joven.

Luego, se metió en su coche, alejándose por la Quinta Avenida, hacia Broadway. La lluvia estaba intensificándose de nuevo. Y mientras ponía en funcionamiento los limpiaparabrisas, su mente seguía siendo un confuso tropel de ideas sin coordinar.

CAPÍTULO V

Clay Malone leyó de nuevo la información que acababa de recibir.

Su interés en ayudar a Honey ya no era solamente cuestión de amistad ni de curiosidad periodística. Había ahora una nueva razón personal para ello. No podía olvidar a los ocupantes del coche color marrón metálico de la noche anterior, los que le golpearon y derribaron, antes de darse a la fuga.

El abdomen va no le dolía, pero seguía llevando un esparadrapo sobre su mentón herido por la pistola del desconocido conductor. Esa herida es la que le irritaba más. Estaba dispuesto a devolver al agresor golpe por golpe, fuese aquél quien fuese.

Y sólo veía un medio, por el momento, de tomarse cierta revancha sobre sus anónimos enemigos de la noche anterior: ayudar a Honey en su tarea. Por ello había intensificado la búsqueda de datos, a través de amigos y colegas, aparte de los archivos periodísticos, en relación con la última víctima, Audrey Scranton, y también sobre la familia Rosefellow.

La última información obtenida no era muy esperanzadora ni trascendente. Pero era algo que Honey no poseía aún: las últimas señas de Audrey Scranton, antes de cambiar de domicilio, sólo un mes antes de su trágica muerte en las calles de Manhattan, asaltada por un asesino desconocido.

Esa dirección era la de unos apartamentos en Franklyn D. Roosevelt Drive, en el East River, y no lejos de Queensboro Bridge. Un apartamento allí, el 106-D,

en el piso decimosexto, había sido ocupado por Audrey Scranton durante casi un año, en compañía de otra mujer, de nombre Claire Roberts.

Una llamada telefónica le había bastado. Claire Roberts vivía

todavía en ese apartamento, pero ahora sola. A pesar de ser un alquiler elevado, lo costeaba ella sola.

Clay Malone llevó su interés más lejos, aunque aquel nombre de mujer nada le decía ni, posiblemente, tuviera cosa alguna que ver con la muerte de Audrey ni su noviazgo con Douglas Rosefellow.

Trató de averiguar cuál era la profesión de Claire Roberts. Le bastaron cuatro o cinco llamadas telefónicas para comprobarlo. Era actriz teatral.

Su lugar actual de trabajo era el teatro Wintergarden, cerca de Broadway, como casi todos los más conocidos de la ciudad. Miró la cartelera.

Un musical de extraño nombre, *Nunca sueñes conmigo, querida*, se exhibía en ese escenario actualmente. Era un típico espectáculo de Broadway. Pero el nombre de Claire Roberts no figuraba entre las primeras figuras del elenco artístico del teatro. Posiblemente era sólo una actriz del montón, una más de las que luchaban en la gran ciudad por abrirse camino hacia el estrellato.

Anotó todo eso y llamo a Honey a su despacho. Nadie tomó el teléfono Honey ni siquiera se permitía el lujo de tener secretarla o algo así. Sólo el contestador automático, rogándole que dejara grabada su información. Colgó, y probó fortuna en el apartamento de la investigadora. Como ya esperaba, tampoco allí obtuvo nada en claro. No respondió nadie ni siquiera un contestador.

Colgó. Honey debía andar investigando por la ciudad. Quizá muy cerca de los Rosefellow, como pretendía la noche anterior. Pero le sería difícil localizarla ahora.

Clay Malone consultó su reloj. Era mediodía. No tenía ya trabajo por hacer y aprovecharía para ir a comer. Pero quería hacer algo más. Por Honey y por su misma causa personal con aquellos tipos del coche marrón.

Tal vez Claire Roberts pudiera revelarle algo relacionado con la muchacha asesinada. Y hasta con Douglas, el cliente de Honey. ¿Por qué no intentarlo cuando menos, se dijo Clay?

Y lo intentó.

Una hora más tarde, tras un frugal almuerzo cerca de la redacción, su automóvil subía hacia Broadway para buscar el teatro Wintergarden. Se detuvo cerca de él y aparcó, encaminándose al recinto escénico. En la puerta del escenario se presentó como

reportero que era, para hacer un trabajo sobre la comedia musical en representación. No le impidieron la entrada, aunque el conserje dijo que a la dirección escénica no le gustaba demasiado la presencia de visitantes durante los ensayos. Y aquel día había ensayo a la una y media.

Clay caminó por entre los decorados y bastidores de la escena, observando cómo se pasaban al piano unos fragmentos de la comedia musical, y las muchachas de conjunto y algunas actrices y cantantes ensayaban algunas escenas del espectáculo, en *shorts* que realzaban la belleza de sus piernas y favorecían la agilidad de sus movimientos y evoluciones.

Se quedó quieto en un rincón, junto a unos practicables de vivo colorido, esperando un alto en el ensayo. Frente a los artistas, la platea vacía era una zona oscura y silenciosa, en contraste sin duda con el esplendor de las noches en que se llenaba para aplaudir la representación.

Terminó una parte del ensayo. Un coreógrafo regañó a algunas de las muchachas mientras otras se disolvían en grupos diversos, para descansar antes de proseguir otra parte de los ensayos.

Clay detuvo a una llamativa rubia de ingente busto, y le preguntó, cortés:

—¿Podría decirme si está Claire Roberts entre ustedes ahora?

—¿Claire? Naturalmente —asintió la rubia, mascando chicle con desenvoltura y estirando su *suéter* blanco, ceñidísimo, que aún realzó más el volumen desusado de sus grandes pechos erectos—. Es aquélla, la chica pelirroja de *suéter* verde, la que se ata el cordón del zapato, ¿la ve?

—Sí, gracias. —Clay Malone descubrió a una bella joven de melena rojiza, rizada, que respondía a la descripción hecha.

—¿No me prefieres a mí, encanto? —rió la rubia, insultante, guiñándole un ojo y pasando la lengua por sus rojos labios provocativamente.

—Para otras cosas, seguro que sí —sonrió Clay a su vez—. Pero no he venido para eso al teatro. ¿Cuál es tu nombre, preciosa?

—Daisy. Daisy Scott. ¿Podrás recordarlo? —dudó la rubia de grandes senos.

—Seguro. Ya lo comprobarás esta noche. Te enviaré un obsequio a tu camerino.

—Si eso es cierto, no dejes de esperarme fuera —dijo ella, haciendo un mohín con sus carnosos labios—. Seguro que seremos buenos amigos, querido.

—Por mi parte seguro —asintió Clay, riendo.

Y se alejó tras dar un suave cachete afectuoso en el rotundo trasero de la rubia, antes de encaminarse al encuentro de la joven pelirroja del *suéter* verde.

—¿Claire Robert? —preguntó al detenerse junto a ella.

La muchacha se incorporo, sorprendida. Le miró con unos enormes ojos azules, risueños y vivaces. Tenía una bonita figura y un rostro muy atractivo.

—Sí, yo soy —le contemplo, intrigada—. ¿Quién es usted?

—Clay Malone, del *Weekly Report* —mostró Clay su credencial de periodista—. Estoy haciendo un reportaje sobre el mundo teatral de Nueva York. Me gustaría hablar con usted unos minutos.

—¿Y por qué conmigo? Yo sólo soy una actriz y bailarina de segunda fila, señor Malone. Hay otras figuras más importantes para ser entrevistadas...

—Pero yo no busco las declaraciones de las grandes figuras, sino los detalles pintorescos del mundo del teatro, vistos por quienes aún no están en la cumbre, ¿comprende?

—Sí, creo que sí le entiendo —suspiró ella—. Pero me sigue sorprendiendo, la verdad... ¿Qué podría contarle yo de mi vida en el teatro que pudiera interesar a sus lectores?

—Cualquier cosa. Su vida en el escenario, sus sueños, sus ambiciones, sus principios. Todo tiene interés. Supongo que vivirá, como tantas otras actrices y bailarinas, con compañeras de profesión, en algún piso o apartamento...

—Antes vivía con una compañera, pero ella dejó el teatro y dejó el apartamento —suspiró la joven—. Ahora, vivo completamente sola. Pero sigo teniendo sueños de triunfo que no comparto con nadie.

—Comprendo.

Pasearon por el escenario, hacia una escalera que subía a una planta alta, donde se hallaban los camerinos.

—Si quiere venir, hablaremos mejor en mi camerino que aquí. No volvemos a ensayar hasta dentro de quince minutos. Creo que será tiempo suficiente para que charlemos, ¿no le parece?

—Sí, creo que sí —asintió Clay, tratando de imaginar por dónde enfocaría su entrevista con la muchacha para llevarla al terreno que él quería—. Subamos, señorita Roberts, si no le molesta.

Ella negó con la cabeza, y unos momentos más tarde se hallaban en el camerino de la joven artista. Un camerino como todos, en especial cuando su ocupante no era la *estrella* del espectáculo: angosto lleno de ropas de vivo color, un espejo oval, rodeado de bombillas mate, un tocador, cortinajes, un par de asientos, y estanterías para zapatos.

—Siéntese —le invitó la joven, con un gesto—. No es muy cómodo, pero es todo lo que tengo. Y empiece a hacer las preguntas. Quince minutos no dan demasiado de sí, imagino.

—Eso es cierto. —Clay Malone se quedó mirando a la joven. Era bonita, vivaz y atractiva de figura. Como tantas otras chicas del teatro también. Trató de hilvanar unas preguntas plausibles—: ¿Dice que vive sola?

—Sí.

—¿Es costumbre que una chica como usted no tenga una compañera de vivienda, como mínimo, estando sola en la gran ciudad?

—Pues habitualmente, no. Ya le dije que antes vivía con otra chica. De eso hace ya algún tiempo.

—¿Compañera de teatro también?

—Por supuesto. Pero ella dejó pronto todo esto, iba a casarse.

—¡Oh!, entiendo. Supongo que para usted, como mujer, también la idea del matrimonio será importante.

—Sí, lo es.

—¿Más que el teatro y todo lo que aspira a ser en él?

—No me engaño a mí misma. Esto es duro. Muchas chicas bonitas y con más o menos talento vienen a Nueva York para ser famosas en Broadway. Muchas también se quedan en si camino, como simples coristas o actrices del montón y sólo unas pocas llegan a lo más alto. Entre una boda aceptable y mi carrera... creo que elegiría esa boda.

—Ya. ¿Eso fue lo que pensó su amiga?

—Por supuesto Eso es lo que pensamos todas.

—¿Y ella se caso ya? —Fue la pregunta de Clay.

—No —ella bajo la mirada, ensombrecida de repente—. Nunca

se caso.

—Vaya... ¿De modo que abandonó el teatro para no casarse finalmente? ¿Teme que eso puede ocurrirle a usted también?

—Siempre es de temer si se ha tomado la decisión. Pero lo de mi compañera fue muy diferente. Ella... ella murió.

—¡Oh!, lo siento. —Clay fingió sorprenderse con aire pesaroso—. No podía suponer...

—Lo imagino. Nadie podía suponerlo entonces. Ni yo tampoco —ella entornó sus ojos con geste entristecido. Luego, suspiró—: Murió en trágicas circunstancias, además.

—Ya. Un accidente de tráfico o algo así, ¿no?

—No. Asesinada.

Clay Malone la miró fijamente. No hizo comentario alguno, pero observó la expresión amarga del rostro de la bella muchacha. Le dolía engañar así a aquella jovencita con preguntas cuya respuesta ya sabía, pero cuando menos, había enfocado en la dirección deseada su entrevista. Catre ni siquiera se daba cuenta de que estaban hablando de «la otra» y no de ella misma.

—Eso es distinto —dijo al fin Clay—. Supongo que le habrá afectado mucho...

—Mucho, sí. A mí, y al hombre que iba a ser su esposo, naturalmente. Me lo ha dicho él mismo, personalmente.

—Entiendo —asintió Clay—. ¿El la ha visitado en alguna ocasión, con motivo de ese triste suceso, o se encontraron ustedes dos en el teatro o en alguna otra parte?

—Nos encontramos en los funerales. Luego... ha venido aquí algunas veces. Su., su hermano también viene mucho por aquí. Es novio de una chica... Bueno, novio exactamente... —Se encogió de hombros—. El hermano de ese hombre es muy distinto a él. Se divierte con las chicas, pero hay chicas que no le hacen ascos a eso, cuando el acompañante es rico, joven y atractivo. Yo pienso de otro modo. Ahora es amiguito de una rubia explosiva que tenemos aquí. Seguramente le ha impresionado su busto, imagino.

Clay no dijo nada. Evocó inmediatamente a Daisy Scott, la rubia de los senos exuberantes. De modo que aquélla era la amiguita actual de Edward Rosefellow, el hermano mujeriego de Douglas...

Se felicitó por haber venido a hablar con Clare Roberts. La chica estaba resultando una buena fuente de noticias. Mejor aún de lo que

había imaginado. Sólo que había empezado a desviarse del tema central: su compañera Audrey.

—Los hombres siempre sentimos debilidad por los bustos llamativos —sonrió Clay, frívolamente—. Supongo que eso no le ocurrirá al prometido de su compañera.

—¡Oh, no! El es muy distinto, Un muchacho serio, formal. Creo que estaba enamorado de Audrey... Bueno, Audrey era mi amiga, ¿sabe? Muy enamorado. Pero ha soportado bastante bien el golpe, después de todo. Ha comprendido que hay que borrar el pasado, tratar de sobreponerse y pensar en uno mismo, en que la vida sigue y no se puede resucitar a una persona muerta sólo torturándose al pensar en ella. Creo que por eso... por eso me ha pedido que me case con él.

Clay Malone podía esperar cualquier cosa menos eso. Se quedó boquiabierto, su mirada estúpidamente fija en ella. Tuvo que transcurrir cosa de tres o cuatro segundos, para que reaccionase, sobreponiéndose a su estupor.

—¿Ha dicho usted que él se va a casar con usted?

—Sí, eso he dicho —sonrió tenuemente ella.

—¿El que era novio de su amiga?

—Sí, el mismo. ¿Le sorprende?

—Bueno, si ha transcurrido mucho tiempo de eso, supongo que no debo extrañarme demasiado. Usted es joven, encantadora y muy atractiva, y...

—No, señor Malone. No ha transcurrido mucho tiempo. Ni siquiera un mes. Le parecerá monstruoso que un hombre se enamore de la amiga de su exprometida, una vez muerta ésta y se decida a casarse con esa amiga, en menos de un mes Pero Douglas... quiero decir, él es así. Un muchacho introvertido, impresionable y de difícil carácter. Entre la desesperanza y el afán de volver a sentir ilusión, ha elegido este último camino. Por eso va a ser mi esposo.

Douglas Rosefellow, el cliente de Honey, iba a ser el marido de Claire Roberts. Así de sencillo. El hombre cuyas relaciones amorosas con dos mujeres habían terminado en tragedia, ya tenía sustituía en su corazón. Más rapidez, imposible.

«Ese hombre tiene sin duda la obsesión del matrimonio metida en su cabeza —pensó Clay aturdido—. Tal vez sea para librarse del

yugo familiar... Pero podría dar algo más de tiempo al tiempo...»

Claire le miraba con cierta extrañeza, y de repente hizo un comentario que Clay había estado temiendo en todo momento:

—Veo que su entrevista sigue un extraño derrotero, señor Malone. No me ha preguntado aún absolutamente nada de mí, sino de mi amiga y de ese matrimonio futuro...

—Cierto. Creo que ambos nos hemos desviado. Pero su matrimonio, ciertamente, tiene un gran interés periodístico sin duda.

—¡Oh, no, no! Le ruego que no publique eso. Es decir, no diga que el prometido de mi amiga es ahora el mío. Todavía no. Le puede bastar con decir que una chica como yo elige el hogar y el amor, antes que el teatro, en un trance así. ¿Cree que podrá hacerlo? El... él se enfadaría mucho si yo apareciera en una publicación diciendo algo así.

—No tema. Respetaré su discreción. Pero ¿no ha pensado por un momento que el noviazgo con ese hombre podría tener algo de... de mala suerte para usted?

—¿Mala suerte? —Pestañeó ella, sorprendida—. ¿Por qué motivo? Es joven, bien parecido... e incluso tiene fortuna. Y creo que me quiere. A eso no se le puede llamar precisamente mala suerte, señor Malone, cuando una va a dejar de estar todo el día bailando y saliendo a un escenario por un pequeño sueldo, para convertirse en toda una dama.

—No me refería a eso, señorita Roberts, sino al hecho de que otra mujer, siendo la prometida de él, haya muerto así, asesinada... ¿No le ha hecho temer en algún momento en la posibilidad de... de un riesgo semejante?

—¿Por qué? —se extrañó la joven—. Cualquiera puede ser asesinado, señor Malone, especialmente en nuestros días, en que impera la violencia y la Ley no es respetada por demasiada gente. Pero eso no significa que haya de sucederme precisamente a mí. Además, si hay que pensar en algo así podría decirse confidencialmente entre nosotros, que el ser novia de ese hombre no implica mala suerte. Después de todo, mi amiga Audrey ya *no* era su prometida cuando la mataron.

—¿Qué? —Esta vez, Clay casi sufrió un sobresalto. La miró, dominando su nueva sorpresa, y trató de contemporizar—: Pero

usted me dijo que eran novios, que iban a casarse, y...

—Eso es cierto. Pero sólo tres días antes del asesinato, ella rompió con él de modo inesperado.

—¿De veras? —Clay boqueó, atónito—. ¿Y cómo lo supo usted? ¿Se lo ha dicho él?

—No, no me lo ha dicho ahora. Podría ser una especie de piadosa mentira para que no me sintiese culpable de nada al unirme a él. Lo cierto es que me telefoneó entonces, para decirme si sabía qué podía ocurrirle a Audrey, para que ella le hubiese anunciado la ruptura del compromiso. Yo tuve que confesarle que no veía a Audrey desde que dejó el teatro y nuestro apartamento, y no podía ayudarle. Creo que ese día, estaba muy afectado.

En ese momento, sonó un timbre en el corredor. Claire suspiró, poniéndose en pie. Sus bonitas piernas se estiraron ante Clay.

—Es la llamada a escena —dijo—. Se reanuda el ensayo. Sí quiere esperar a que termine para que charlemos más ampliamente. Hemos vuelto a desviarnos, sin hablar de mí.

—Otro día, Claire. —Malone consultó su reloj, pensativo—. Se me ha hecho tarde sin darme cuenta. Volveré en otra ocasión, seguramente mañana o pasado, y terminaremos la entrevista hablando sólo de usted misma, prometido. ¿De acuerdo, señorita Roberts?

—De acuerdo. Pero puede llamarme Claire —sonrió ella agradablemente, tendiéndole su mano—. No falte. Me haría mucha ilusión aparecer en ese reportaje...

—Pues tiene mi palabra de que aparecerá —dijo Clay seriamente, dispuesto a cumplir esa palabra—. No dude que volveré, con fotógrafo y todo, y aparecerá usted en mi revista. Hasta pronto, Claire.

—Adiós, señor Malone —suspiró ella, cuando el timbre dio una segunda llamada, saliendo al corredor, mientras Clay descendía ya las escaleras, para abandonar el escenario.

Pero antes de llegar a la puerta trasera del teatro, una especie de bomba rubia se le cruzó delante, y estuvo a punto de chocar con un par de proyectiles de grueso calibre, apuntados hacia él por debajo del ceñidísimo *suéter* blanco.

—¡Eh, encanto!, ¿ya te vas? —dijo ella, burlona, entornando sus ojos picaros.

Clay contempló su mirada maliciosa, y no pudo evitar una ojeada a aquel torso impresionante. Luego, afirmó despacio, con gesto ambiguo.

—De vez en cuando tengo que trabajar, preciosa —dijo—. O no me pagarían mi sueldo.

—Ya veo. ¿Tu trabajo es entrevistar a chicas como Claire Roberts? Yo puedo resultar mucho más interesante para ti, e incluso para tus lectores. Publica una fotografía mía en bikini, y doblarás la tirada, seguro.

—Pero tendría que hacer un seguro de vida a mis lectores, y saldría muy caro, Daisy —rió Clay de buen humor, mientras Claire se unía a las demás chicas para iniciar el ensayo—. ¿Qué tal si de momento sólo te admiro yo?

—No sería mal principio. ¿Vas a venir esta noche a la representación?

—Creo que sí. ¿No tienes compromiso?

—Ninguno. Te espero. En la puerta del escenario. O tú me esperas a mí.

—Alguien me dijo que un chico rico corteja a un bombón rubio de este teatro. No creo que haya muchos como tú. ¿Se referían a ti?

—Claro —ella hizo un gesto de aburrimiento—. Pero ese chico no me gusta. Sólo su dinero. Me lleva a sitios lujosos y me compra cosas caras, eso es todo. Tú eres diferente. Contigo iría a cualquier sitio. No faltes esta noche. El no vendrá. No viene siempre. Hoy, seguro que no. Ya me lo dijo. ¿Hasta luego, guapetón?

—Hasta luego —asintió Clay, alejándose con dificultades puesto que los pechos de la rubia casi le cerraban totalmente el paso. Pensativo, llegó a la calle, preguntándose si el incipiente romance con la rubia del busto increíble le reportaría algún nuevo dato sobre los Rosefellow, en esta ocasión acerca de Edward, el hermanito de Douglas.

De momento, iba pensando en este último y en las dos sorpresas de grueso calibre que Claire Roberts le había soltado imprevisiblemente.

—Vaya con el cliente de Honey... —comentó entre dientes—. De modo que le ocultó dos hechos tan importantes como éstos... No iba a casarse ya con Audrey... y sí piensa hacerlo con Claire, su amiga y compañera de alojamiento durante tanto tiempo... Extraño

individuo ese Douglas. Y muy embustero, además.

CAPÍTULO VI

—De modo que me mintió por dos veces...

—Creo que ha mentido a todo el mundo, Honey —suspiró Clay Malone, sacudiendo la cabeza, con la mirada perdida en el fondo de su vaso de cerveza—. Ese hombre es un tipo raro. Me refiero a tu cliente, claro. No sé si su mente funciona bien, o es que es un redomado mentiroso.

—O las dos cosas a la vez —se irritó Honey, dando un golpe de tacón en el suelo, antes de probar el café al que había estado dando vueltas en la taza—. Me disgustan los clientes que me engañan. Eso no es honesto, Clay.

—Claro que no. Pero no te quejes a mí. Yo no soy tu cliente.

—No te preocupes. Pienso decirle unas cuantas cosas, si quiere que siga con su asunto.

—¿Y renunciarías a esos cinco mil pavos por simple ética con tu cliente?

—Renunciaría a lo que fuese. No quiero que me engañe más. Imagina que tengo un cliente que resulta ser una especie de Jack *el Destripador*, y liquida a todas las chicas en quienes se fija. ¿Cómo quedaría yo ante la policía y ante otros posibles clientes futuros, e incluso ante mi propia conciencia profesional, si ayudara en sus manejos a un individuo semejante?

—Entiendo a lo que te refieres. Eso que yo te he contado, más lo que tú me has referido que ocurrió en casa de los Rosefellow cuando te vio allí... ¿Crees seriamente que anda mal de la cabeza ese muchacho?

—¿Qué otra cosa puedo pensar? —Se enfureció Honey—. Se desmaya sin motivo alguno, como si estuviese enfermo e histérico, y luego resulta que me ha ocultado cosas trascendentales para el caso. Clay, te estoy muy agradecida por tu ayuda, pero lo cierto es que esto me ha disgustado mucho con mi cliente.

—¿Vas a hablar con él por teléfono?

—Esta tarde ya no haré nada. Pero mañana pienso llamar a su amigo o al local adonde acude frecuentemente y... —Se detuvo, pensativa. Se frotó el mentón, mientras Clay la observaba curiosamente—. ¡Eh, un momento...! ¿Por qué llamar a esos sitios para preguntar por él? Creo que sería mejor visitarlos.

—¿Qué sitios, Honey?

—Uno es una librería de un viejo amigo de Douglas Rosefellow, un compañero suyo de estudios. El otro, es un local llamado el bar de Ruby. A ambos lugares va con cierta asiduidad. Y la librería de su amigo está especializada en libros sobre satanismo y magia negra...

—Vaya, eso es curioso —asintió Clay—. Un sitio divertido, sin duda.

—Ya que tan espontáneamente te has puesto a colaborar conmigo Clay. ¿Quieres acompañarme a esos lugares?

—¿Cuándo? ¿Ahora mismo?

—¿Y por qué no? —Ella miró su reloj—. Es pronto todavía. Tenemos tiempo de hacer las dos visitas antes de cenar.

—Yo tengo que ir esta noche al teatro —le recordó Clay—. Pero creo que me sobra tiempo también. Iré contigo.

—Buen chico —aprobé ella, riendo, al levantarse de la mesa de la cafetería—, al menos por unos minutos, olvida a tu rubia dama de los senos maravillosos.

Clay no dijo nada. Pero se prometió a sí mismo que nunca volvería a confesarle a Honey cosa alguna sobre sus romances.

La siguió al exterior, y miró ceñudo al cielo nublado.

—Me temo que volverá a llover esta noche —dijo, pensativo.

—Sí, eso estaba pensando —asintió ella—. Y eso me preocupa...

—¿Por qué? ¿Temes algún nuevo crimen, Honey?

—No pensaba en eso, sino en mi cliente. Creo que es a él a quien le trastorna tanto la lluvia... y ni siquiera sé aún por qué...

Poco después. Honey conducía en su coche a Clay Malone, en dirección al lugar donde se hallaba la librería de Stuart Lawson. Una simple llamada telefónica había bastado para saber que se hallaba situada en una céntrica zona de Manhattan, no lejos de Broadway. Estaba comenzando a oscurecer, más por la densa nubosidad precursora de lluvia, que por lo avanzado de la tarde. El

aire era húmedo y frío, y empezaban a encenderse luces eléctricas en las calles y avenidas de la ciudad.

Ciertamente, era un pintoresco lugar.

Gran abundancia de búhos disecados, murciélagos y gatos negros igualmente embalsamados, y situados estratégicamente en las salas de la librería, con luces adecuadas, de matiz verde espectral o rojo dantesco, daban un ambiente misterioso y esotérico al establecimiento.

Pero aparte de eso, los propios libros allí exhibidos eran por sí solos un rasgo significativo y singular. Se podían encontrar desde las obras de Nostradamus hasta libros sobre Cagliostro, Sade o la Inquisición, pasando por obras malditas de todos los tiempos, tratados de *vidú*, magia negra, hechicería y brujería. Otra zona de la librería, aparecía totalmente destinada a volúmenes sobre influencias astrales, Leyendas medievales o relatos de sangrientas historias relacionadas con cualquier aspecto sobrenatural o místico de la Humanidad.

Un lugar deliciosamente divertido para Clay Malone, y que tampoco parecía impresionar demasiado a Honey, aunque sin duda todo ello estaba hecho para causar un cierto efecto en los clientes sensibles.

En contraste con todo ello, su propietario resultó ser radicalmente distinto al negocio que allí explotaba. Joven, sonriente y jovial, Stuart Lawson era todo lo contrario de lo que allí podía esperarse que encontrara uno. Era morena, de tez cetrina, ojos oscuros y vivaces y fácil sonrisa. Se notaba en apariencia que había practicado deportes, y que tampoco los descuidaba ahora, puesto que su delgadez estaba hecha toda ella de fibra, nervio y musculatura, sin un solo átomo de grasa.

—Yo soy Stuart Lawson, señorita Normand —dijo, tras leer la tarjeta de visita de su cliente, que en esta ocasión sí era la legítima—. ¿A qué debo el honor de la visita de una joven tan encantadora y que, por añadidura, ejerce la extraña profesión de detective privado?

—El motivo de mi presencia no es profundizar en los misterios del más allá, señor Lawson —sonrió ella—, aunque personalmente me encantan las obras de temas esotéricos. Vengo porque tengo un cliente a quien usted conoce muy bien sin duda. Mi compañero, el

señor Malone, no viene en calidad de periodista, sino de simple amigo mío.

—Entiendo —tras estrechar cordialmente la mano de Clay, volvió a fijar su mirada en los verdes ojos de la joven—. ¿Qué desea exactamente? ¿A quién se refería al decir que lo conozco perfectamente?

—A un hombre a quien podría llamar aquí, para cualquier encargo, en vez de hacerlo a su casa. ¿Le dice eso algo, señor Lawson?

—Claro —sonrió el dueño de la librería con un fugaz destello de sorpresa allá en el fondo de sus oscuras pupilas—. Se refiere a Douglas.

—Exacto. A Douglas Rosefellow. Es amigo suyo, ¿no?

—Desde hace muchos años —asintió Lawson—. Estudiamos juntos en la Universidad. Y hemos seguido viéndonos con alguna frecuencia después. El no necesitó montar un negocio. Su familia posee millones de dólares en abundancia. Yo no tenía esa suerte y tampoco la tuve en mi carrera. Por eso dejé de ejercerla y monté esto. No me puedo quejar. Hay demasiados abogados en Nueva York, y muchos son mejores de lo que yo era. Los libros me dan más beneficio.

—Entiendo. ¿Qué carrera estudió su amigo?

—Douglas quería ser médico. Pero cambió de idea. Siempre ha sido un muchacho muy voluble e impresionable. Quería especializarse en cirugía. Creo que apenas estuvo un par de veces en la Facultad de Medicina. Cuando asistió a su primera clase práctica de disección, se derrumbó, y ya no pensó más en el bisturí, ni tan siquiera en la carrera médica en sí.

—De modo que él sabe algo de medicina...

—Sí, algo. Supongo que muy poco —le miró Lawson, algo sorprendido—. ¿Por qué lo decía?

—Oh, por nada, no me haga caso —dijo Clay, haciendo un ademán—. Perdóneme si les molesté en su charla...

—No hay nada que perdonar —sonrió Lawson, mientras las verdes pupilas de Honey se fijaban fugazmente en su amigo el reportero, con cierta luz de astucia—. ¿Puedo ayudarla en algo acerca de mi amigo, señorita Normand? No le sucederá nada malo, imagino...

—¿Malo? ¡Oh, no! A él, no —negó Honey vivamente—. Sólo que debe de estar asustado ahora.

—¿Asustado? ¡Oh, entiendo! Se refiere a ese horrible asunto de... de su prometida asesinada —el rostro del joven se ensombreció—. Ha sido un hecho espantoso. Conociendo como conozco a Douglas, ha debido sentir una impresión atroz...

—Yo no me refería ahora a esa clase de miedo, señor Lawson. —Honey le estudió con fijeza—. Va a llover. Y a su amigo, la lluvia le asusta mucho...

—¿La lluvia? —Algo, un destello rápido pasó por los ojos oscuros de Lawson, para borrarse casi en el acto. Clay hubiera jurado que hacía un poderoso esfuerzo para dominar algo dentro de sí. Luego, su rostro recuperó la normalidad, y hasta sonrió, como si eso le desconcertara—. No entiendo.

—El cree que la lluvia tuvo algo que ver en los crímenes. Ya sabrá que es la segunda vez que una muchacha relacionada sentimentalmente con él, aparece muerta de modo violento...

—Sí, algo he oído decir —enarcó las cejas—. ¿Dice que la lluvia tiene algo que ver en todo eso?

—Es lo que él dice.

—Pero no tiene mucho sentido, ¿no?

—Aparentemente, no. Sin embargo, a él le asusta la lluvia, lo he comprobado.

—Siempre dije que Douglas es demasiado sensible a ciertas cosas —comentó su amigo, meneando la cabeza, y dando unos pasos, hasta detenerse junto a un negro gato disecado, sobre el que apoyó su mano descuidadamente—. Pobre amigo mío...

—¿Usted sabe ya lo de su enfermedad? —indagó Honey bruscamente.

—¿Enfermedad? —Enarcó las cejas Stuart Lawson—. ¿Se refiere a., a lo que sucedió hace algún tiempo?

—Sí, exacto. Me refiero a su internamiento en una clínica, y todo eso.

—No puedo ignorarlo. Ocurrió casi cuando dejó su carrera. Nos veíamos con frecuencia por entonces. Supe que había sufrido una crisis nerviosa muy fuerte, una profunda depresión. Tuvieron que internarle, pero salió totalmente curado.

—Toda depresión nerviosa tiene un motivo. Usted es su amigo.

¿Qué pudo causar a Douglas Rosefellow ese trastorno psíquico?

—No Sé, no sabría decirlo... —De nuevo Clay captó en aquella mirada oscura y penetrante el ramalazo de algo que pugnaba por no asomar al exterior—. Ya le dije que él es tan extremadamente sensible... Cualquier cosa pudo provocarlo.

—¿Pero no sabe que exactamente?

—Pues no, creo que no... —confesó Lawson abiertamente.

—Perdone, señor Lawson —terció de repente Clay Malone, acercándose unos pasos al librero, sin desviar un ápice sus agudos ojos de éste—. Tengo entendido, de muy buena fuente, que esos trastornos psíquicos se presentaron ya en la Universidad, durante su período de estudios. Si eran ustedes compañeros allí, tiene que saber lo que sucedía.

—Pues, no lo recuerdo bien —negó fríamente Lawson, volviéndose a Clay con gesto inexpresivo—. Tal vez lo haya olvidado, o quizá su informe no sea correcto, señor Malone. Créame que, tratándose de Douglas, quisiera ayudarles, pero no me es posible. Por entonces, mi gran preocupación era el estudio, la carrera y todo eso. Y las chicas, naturalmente, como nos ocurre a todos a esa edad —trataba de ser jovial de nuevo, pero Clay creyó advertir que no le resultaba ya tan fácil. Bruscamente, dio por terminada la charla, cuando sonó la campanilla tétrica de la entrada, marcando la llegada de un cliente—. Perdonen, por favor. Si quieren que sigamos charlando luego, lo haré gustoso, pero recuerden que éste es mi medio de vida, y no abunda mucho la clientela en días de lluvia.

Se encaminó a un par de hombres que habían entrado a adquirir algo, y Clay cambió una mirada con Honey. Ella se mordió el labio inferior.

—Vámonos —dijo la joven investigadora—. Creo que no vamos a obtener nada más, Clay.

—Sí, eso es lo que pienso —asintió Malone, ceñudo—. Pero él sabe algo más. Algo que no quiere decir.

—He tenido esa misma impresión Sólo que no podemos obligarle a hablar. No somos policías, ni éste es un interrogatorio oficial, Clay. ¿Nos ramos?

—Si —asintió el periodista. Se detuvo y extrajo un volumen de negras tapas de una estantería. Lo examinó per encima, y camino

hasta Lawson. Se lo tendió—. Por favor, envuélvame este libro. Verá que no ha sido una visita totalmente improductiva.

—¿De veras le interesa, o lo hace por compensarme de algo? Porque si es así, le aseguro que no tiene usted por qué comprar nada, ni...

—No, no. Me interesa el libro, de veras. Son dos dólares, ¿verdad?

—En efecto —se disculpó con los dos clientes, que habían elegido va hasta tres volúmenes diferentes, y envolvió en una bolsa con el sello de su negocio el libro pedido por Clay, tras dirigir una ojeada al volumen y otra, pensativa, al periodista—. Aquí tiene, señor Malone. Y gracias. Espero que vuelvan, señorita Normand...

—Seguro que lo haré —prometió ella suavemente, con una sonrisa.

Salieron a la calle. La amenaza se había materializado. Ya llovía, y la noche se había echado encima rápidamente. Clay se subió el cuello de su gabardina, y Honey alzó la capucha de plástico transparente de su impermeable, mientras caminaban hacia el cercano *parking*.

—¿Qué libro te encaprichaste de adquirir? —preguntó ella, curiosa.

—Uno cuyo título pareció sorprender desagradablemente a nuestro amigo, el librero satánico —rió Clay—. Se llama *Los misterios de las Universidades*.

Honey le miró de reojo un momento, sin decir nada. Luego, detuvo de pronto su marcha hacia el *parking*, para señalarle algo.

—Mira —dijo—. Creo que iremos allí a tomar algo. Un aperitivo antes de la cena, ¿qué te parece?

—No es mala idea —admitió Clay Malone, mirando el luminoso rótulo de un bar situado a dos manzanas de la librería, y cuya fachada se iluminaba de un rojo muy ostensible.

Era el bar de Ruby. Al menos, eso decía el fluorescente.

Alargado, estrecho y con el ambiente bastante cargado. Ése era el bar de Ruby, el otro lugar cuyo teléfono dejara Douglas Rosefellow a la mujer detective.

Una música de *jazz* se extendía como suave fondo en la sala. La gente ocupaba gran parte del largo mostrador y las mesas adosadas al muro. Clay hizo un comentario al entrar:

—Es curioso. Todo está cerca del teatro Wintergarden: la librería de Lawson, el bar de Ruby... Se ve que a tu cliente le gusta esta vecindad.

—Quizá vino mucho por aquí cuando conoció a Audrey Scranton —comentó a su vez ella, estudiando el lugar pensativamente.

Se sentaron a la barra y pidieron sendos martinis. Honey puso su mano sobre la bolsa de papel manila donde llevaba Clay el libro.

—¿Por qué dijiste eso antes? —indagó—. ¿Crees que lo que oculta Lawson tiene que ver con los tiempos universitarios?

—Estoy seguro. Es evidente que luego no se han visto con frecuencia. Al menos, no con la suficiente frecuencia para que Lawson haya influido en algo en la vida de tu cliente. Lo que él trata de ocultarnos tiene relación con sus tiempos de estudiantes, podría jurarlo. Le molestó mucho la pregunta relacionada a ese período universitario, quizá porque no la esperaba.

—¿Qué puede ser, para envolverlo en tanto misterio?

—No lo sé. Pero ahora, él sabe ya que yo sospecho algo —dijo Clay, golpeando el libro—. La indirecta surtió efecto. Sabía el libro que yo adquiriría, y el motivo por el que lo hacía. Sabe que le sugerí mis sospechas. Eso le dejó intranquilo, es evidente.

—¿Cómo podríamos averiguar si realmente pasó algo en la Universidad?

—Para una detective, eso es fácil —rió Clay burlón—. Averigua dónde cursó sus estudios, y trata de investigar allí.

—Las Universidades no gustan de airear los problemas de sus alumnos. Eso, suponiendo que realmente llegaron a saber que sucedía algo.

—Tuvo que ser de cierta trascendencia. ¿Quieres que yo mire por mi lado, por si puedo serte útil?

—Eres muy amable. Clay. Pero el detective soy yo. Y quien cobra los honorarios también. Deja que me gane el dinero que me dieron.

—Oh, no te preocupes. Yo lo hago por pura afición —rió Clay—. No pienso cobrarte nada.

—Eres incorregible —ella meneó la cabeza Luego, tomó un sorbo del martini, y consultó su reloj—. ¿No vas a llegar tarde a tu cita con tu bombón rubio?

—No. Empiezan a las siete y treinta minutos. Me sobra tiempo para comer algo, e ir luego al teatro. La representación no me interesa gran cosa.

—Ya. Es la rubia del busto magnífico, ¿no?

—Ella... y lo que pueda sonsacarle. Ya te dije que es amiguita de Edward Rosefellow.

—¡Oh, Clay!, no me digas que vas a sacrificarte por mí con esa chica —mostróse burlonamente compasiva Honey.

—Tanto como eso, no —guiñó Clay un ojo—. Pero sí te digo que puedo matar dos pájaros de un tiro.

—Cuidado no sea el pájaro el que te picotee a ti. Parece una chica de mucha envergadura para ti.

—Eso nunca se sabe. —Clay se encogió de hombros, pagando los martinis antes de que Honey pudiera invitarle otra vez—. ¿Qué piensas hacer tú, entretanto?

—Aún no lo sé... —Se detuvo, mientras un trueno formidable restallaba allá fuera, en medio de una luz vivísima. Luego, empezaron a caer cortinas de lluvia sobre Manhattan, y Honey añadió—: Lo que sí te aseguro es que no pienso ir a pasear por el parque...

—Bien hecho. Podría encogerse tu ropa —bromeó Clay, incorporándose de su taburete—. Hasta mañana, Honey, Te llamaré desde el periódico, si no lo haces tú antes. Pero sí se te ocurre llamar, no lo hagas antes del mediodía. Mañana tengo poco trabajo, y aprovecharé para dormir.

—Suponiendo que te dejen dormir —indicó ella, sarcástica.

La ironía era evidente Clay hizo un gesto de circunstancias y se encamino a la puerta, mientras volvía a tronar con fuerza.

En ese momento, puerta del bar se abrió, y un hombre empapado, con gabardina desabrochada y el rostro lívido, de mirada ausente, entró tambaleante en el local. Casi tropezó con Clay que se apartó para no ser derribado violentamente, y observó cómo trastabillaba el hombre, camino de la barra.

Honey lanzó una sorda exclamación que le hizo volver sobre sus pasos y olvidar incluso a la rubia Daisy Scott y sus hermosas glándulas mamarias.

—¡Douglas Rosefellow! —Fue lo que dijo ella, asombrada.

Clay Malone giró la cabeza. Miró al hombre demudado y

chorreante de agua que, con mirada turbia y gesto torpe, miraba a Honey sin reconocerla siquiera, y se apoyaba en el mostrador, con una mano crispada, en la que el periodista observó el deslizarse de un rojo reguero a la altura de sus dedos índice y corazón.

Era sangre. Sangre de un profundo corte en el dorso de su mano. Goteó sobre el mostrador. Un hombre de los que servían en la barra, de cabello canoso y nariz halconada, se inclinó rápido sobre él.

—¡Señor Rosefellow! —exclamó—. ¿Pero qué le ha ocurrido, santo cielo?

—Me... me caí... —dijo él con voz torpe, borrosa.

—Está sangrando mucho... —protestó el llamado Ruby, dueño del bar—. Vamos, deme esa mano. Tú, Jerry, trae el botiquín, pronto.

—Sí, señor —se alejó rápido un camarero.

Honey había saltado de su asiento, acercándose a Douglas y aferrándole un brazo con energía. Su voz sonó autoritaria.

—¡Rosefellow! ¿Qué significa esto? ¿Qué le ha ocurrido?

—Ya se lo dije antes... Un accidente —la miró, y por vez primera pareció identificarla. Habló como lo haría un tipo ebrio, pero Clay hubiera jurado que el cliente de Honey no había ingerido una sola gota de alcohol—. ¡Eh!, ¿qué diablos hace usted aquí, señorita Normand? Yo no le dije que viniera...

—Usted no me ha dicho muchas cosas, Rosefellow —se irritó ella—. ¿No se da cuenta de cómo va? Para un hombre que se preocupa por la lluvia, es muy raro que llegue así, empapado de agua, y con una mano ensangrentada. ¿Dónde se hizo esa herida?

—¡Maldita sea!, fue... fue un accidente, ya lo dije —pegó un puñetazo en el mostrador, furioso por algo, y salpicó de sangre incluso el suéter de Honey—. ¿Es que no pueden dejarme todos tranquilo? Usted, señorita Normand, lárguese. No tiene nada que hacer aquí. No quiero una niñera, sino alguien que trabaje para mí, ¿ha entendido bien? Le pago para eso, no para venir a regañarme como si fuese un niño.

—Escuche, Rosefellow —dijo con airada expresión Honey, fulgurantes sus verdes ojos—. Su maldito dinero no puede servirme para hacerme callar ni para que usted me maneje como a un pelele, ¿ha entendido? No me gusta un cliente que me miente, me engaña y

luego me trata como si fuese otra esclava de su digna y riquísima familia. De modo que, desde este mismo momento, le devuelvo su dinero y su libertad de acción. Ni siquiera le cobro los gastos que he tenido ayer y hoy. ¡Métase sus dólares en donde quiera, y siga desmayándose como una damisela, o andando por ahí bajo la lluvia, con su mano chorreando sangre, si eso le gusta! Pero no venga a mí nunca más, ¿ha entendido? Cásese de una vez con Claire Roberts o con quien quiera, y no me venga con cuentos a mí. Buenas noches, Rosefellow. Espero no verle nunca más.

Y en un gesto hermoso, digno y maravillosamente estúpido, a juicio del cínico Clay Malone, extrajo el cheque de cinco mil dólares y lo arrugó, tirándoselo a la cara al desorientado Douglas Rosefellow, que la miraba y escuchaba con estupor infinito, en medio del divertido silencio de todos los presentes.

—¡Vamos, Clay, acepto que me invites a unas hamburguesa! — Casi sollozó Honey, colgándose del brazo de Malone y saliendo con él del bar de Ruby, sin importarle los torrentes de agua que caían sobre la calle.

Se detuvieron ambos bajo una marquesina inmediata, contemplando la cortina de lluvia que se abatía sobre el asfalto. Clay Malone la miró, meneando la cabeza.

—Vuelves al principio, Honey —le recordó—. Ni un dólar encima. ¿A eso le llamas ética y todo eso?

—¿Tú que hubieras hecho? —Apretó ella los labios con coraje.

—No lo sé. Cualquier cosa menos devolverle el dinero —gruñó Clay—. No se puede jugar con cinco mil pavos, querida.

—¡El dinero no lo es todo. Clay! —protestó ella—. ¡Yo no me vendo!

—Hermosas frases. Las he oído decir a otros. Ninguno de ellos llegó muy lejos.

—¡No tienes dignidad, Clay!

—Claro que no —rió él—. ¿A quién le preocupa eso hoy en día? Debiste quedarte con el dinero, decirle las mismas cosas, abofetearle luego, y finalmente citarle para mañana en tu oficina. Pero está visto: no tienes sentido práctico. Ahora comprendo cómo no te casas conmigo.

—No lograrás hacerme reír —protestó Honey, furibunda—. Ese tipo me pone nerviosa, me enfurece. No es un hombre siquiera. No

sabe lo que quiere, ni dice una sola verdad. Está desquiciado. ¿Viste su mano cortada? Era un corte limpio, de bordes lisos y muy separados, el que haría un arma blanca, una navaja o algo así. Le ocurrió algo y no quiso decirlo. No se puede trabajar para un cliente chiflado que, además, miente cada vez que habla.

—Eso ya lo sabías. Cierto que esa herida se la causó con un instrumento cortante, no hay duda —pensativo, miró cómo el agua formaba ya regueros junto al bordillo de la acera—. Bien, ¿qué piensas hacer ahora? ¿Realmente te conformas con una hamburguesa en mi compañía?

—Si no tienes que marcharte va con tu rubia...

—Ésa puede esperar. Vamos, veo que en esa esquina inmediata, en el pasaje que hay entre la manzana del teatro y este bar, hay un *snack* abierto... Nos mojaremos un poco, pero es irremediable. ¡A correr, Honey!

Se lanzaron velozmente por la acera, bajo el azote del agua. Los truenos se repetían sobre los rascacielos. Llegaron al pasaje, y lo cruzaron a la carrera, en dirección al anuncio parpadeante de un *snack* situado en la esquina. Allí se anunciaban hamburguesas, sopa de pollo, tarta de manzana y huevos con bacón. Todo un manjar, en especial cuando se ha renunciado a cinco mil dólares.

Apenas se detuvieron bajo la marquesina del *snack*, Clay aferró con fuerza el brazo de Honey. Miró hacia un punto del pasaje.

—Espera aquí —dijo—. Quiero ver algo.

—¿Dónde? —se extrañó ella.

—Ahí, donde empieza esa verja... en el pasaje.

—¿Con este aguacero? ¿Qué mosca te ha picado ahora?

—Desde aquí no se ve bien. Lo advertí cuando cruzábamos. La luz del fluorescente da sobre ello...

—¿Sobre qué?

—No sé. Un bulto. Parecen ropas. Está justamente en el rincón de los escalones de ese edificio, junto a la puerta. Quisiera saber lo que es.

—Espera —le detuvo Honey, con un repentino destello en sus verdes ojos—. Yo también. Voy contigo.

Clay no dijo nada. Llevando por una mano a la joven investigadora, corrió hacia el lugar donde había creído vislumbrar aquel bulto, justamente entre una verja que corría paralela al muro

de ladrillo, y los escalones de acceso a la puerta de entrada de un edificio contiguo a la trasera del teatro Wintergarden.

Por encima de ellos, ventanas iluminadas y escaleras de incendios salpicaban los muros de ladrillo de los viejos edificios. La cortina de lluvia era insistente y molesta.

Se detuvieron ante el lugar donde el periodista viera el bulto. Ahora, más próximo ya, pudieron advertir la mancha clara de una prenda brillante, un impermeable amarillo o cosa así. Eso explicaba que hubiera reflejado tan nítidamente, en la oscuridad del pasaje, la luz del anuncio del *snack*.

Clay se inclinó. Tocó la prenda. Debajo había un bulto sólido. Un cuerpo humano. El periodista giró el cuerpo con fuerza.

Un rostro se quedó boca arriba, recibiendo el agua de lluvia en sus ojos dilatados, en su boca contraída y en su gesto de supremo horror. También en el profundo boquete que sobre su pecho, había abierto algún arma blanca. La lluvia y la sangre se mezclaron en un líquido rojizo, que se deslizó sobre el impermeable amarillo.

—¿Quien quién es? —Sonó, ronca, la voz de Honey.

Clay Malone tragó saliva. Contemplo, estremecido, la bonita cara, los cabellos rojos ensortijados, la esbelta figura bajo el impermeable, luciendo unas bellas piernas que él había visto ese mismo día, moviéndose llenas de vida.

—La que imaginas —jadeó—. Claire Roberts... La chica que iba a casarse con tu cliente...

CAPÍTULO VII

—Claire Roberts ¡No, no es posible! ¡Ella no, Dios mío! ¡Ella no!

Clay Malone y Honey cambiaron una mirada pensativa, sin pronunciar palabra alguna. Los demás hombres reunidos en la estancia, tampoco hablaron.

Bajo el crudo foco de luz, el hombre sepultó el rostro entre sus manos, y sollozó ahogadamente, como un niño. Le dejaron desahogarse.

Luego, el hombre fornido, de pelo grisáceo y mandíbula prominente, se volvió muy despacio hacia los dos jóvenes.

—Lo lamento —dijo—. No tenemos otro remedio que retenerlo aquí.

—¿Van a interrogarle, capitán? —se interesó Honey, ceñuda.

—No hay otra solución. Es el sospechoso número uno.

—¿Le acusan formalmente de homicidio? —terció Clay.

—No, Malone —negó el policía, moviendo la cabeza negativamente—. Aún no. Sólo se le retiene por sospechoso, Si quieren llamar a su abogado, háganlo. Si éste exige una acusación formal para retenerle, la habrá. Y será, ciertamente, por asesinato en primer grado, no por homicidio.

—Entiendo —el periodista hundió las manos en los bolsillos y estudió al resto de agentes de Homicidios, reunidos en torno a Douglas Rosefellow—. Supongo que va a ser un buen escándalo social, capitán Willard.

—Por eso quisiera evitarlo mientras sea posible —resopló el policía—. Sé lo que pueden gentes como éstas. Intentarán sacar del atolladero a su pariente sea como fuere. Pero existe un hecho evidente: todos vieron en ese bar cómo llegaba Rosefellow demudado, chorreando agua y con una mano cortada. Se ha comprobado que fue un corte con arma blanca. Y su prometida actual, Claire Roberts, murió por una puñalada directa al corazón,

en ese pasaje cercano al teatro, cuando había terminado su cena habitual en el vecino *snack*, y se dirigía a su trabajo. Es un crimen abominable. Pero ya llueve sobre mojado. El mismo vino a nosotros diciendo que a dos chicas las habían asesinado anteriormente por una misma causa, y ambas mantenían relaciones sentimentales de algún tipo con él. Ahora, se repite el crimen en una tercera. Es demasiada casualidad, Malone. No puedo dejar libre a este hombre.

—Pero puede alegar que él mismo quiso denunciarles su sospecha de que una misma mano mató a Jessica Langton y a Audrey Scranton, antes de suceder esto, capitán Willard —objetó Honey.

—Mi querida amiga, sé de sobra lo que alegarán él y sus influyentes y hábiles abogados —se impacientó Willard—. Por algo es un Rosefellow de la Quinta Avenida. Perú estoy dispuesto a luchar contra quien sea, si existe una sola posibilidad de que este hombre sea acusado. Recuerde que tenemos malos informes clínicos sobre él. Estuvo internado en una clínica psiquiátrica durante dos años, y su propio padre dejó escrito en su testamento que sólo si se casaba estando en sus plenas facultades mentales, cobraría su herencia. Un hombre que obra como él lo hace, que tiene una amante y muere asesinada, que tiene una novia y muere asesinada, que al mes escaso ya está prometido a una tercera mujer, y ésta también, muere del mismo modo, a escasa distancia de donde él ha sido visto por lodos, presa de gran alteración y herido en una mano por arma blanca, no puede ser considerado inocente de lo que ocurre, aunque una legión de abogados trate de sacarle del atolladero.

—No tengo nada que objetar a su decisión, capitán —suspiro Honey—. Personalmente, yo también tengo mis dudas sobre su comportamiento...

—Es un psicópata —gruñó el oficial de Homicidios—. Véanle. Lloro como un niño, le horroriza la lluvia, y sin embargo aparece chorreando agua, pálida como un muerto, y herido en una mano Islán buscando mis hombres el arma homicida. Si aparece, se comprobará si fue su filo el que cortó su mano.

—¿Y qué ha explicado para justificar su presencia cerca del teatro Wintergarden en el mismo momento en que moría asesinada su tercera novia, capitán? —se interesó Clay, pensativo.

—Nada.

—¿Nada? —se extrañó el periodista.

—Absolutamente nada, amigo mío. Se limita a decir que no lo sabe, que no puede recordarlo. Be ahí no hay quien lo saque.

—Pero eso sucedió esta misma noche, aún no hace dos horas... Tiene que recordarlo, capitán. Es una excusa ridícula...

—Sus abogados dirán que no tanto —resopló el policía, malhumorado—. Entre sus informes clínicos, que acaban de llegarme, figura una observación acerca de la relativa frecuencia de ciertas amnesias parciales que sufre el tal Rosefellow.

—¿Amnesias parciales? —repitió Honey sorprendida—. Eso no lo sabía...

—Pues así es. Según ese informe, podría hacer cualquier cosa, buena o mala, y no recordarlo luego, o tardar meses o años en recordar... Así es el caso que tengo entre manos, Honey. Seguro que no podremos nunca enviarle a una prisión, sino a un manicomio.

En ese momento, Douglas Rosefellow alzó la cabeza. Sus manos aparecían mojadas. Sus mejillas también. Pero esta vez no era agua de lluvia, sino llanto. Estaba llorando como un niño, tal como dijera el capitán Willard.

—Honey, por favor... —rogó roncamente—. Honey Normand, no me puede dejar así. Yo no tengo la culpa de lo que hice. Mi comportamiento con usted... debe disculparlo... La verdad... a veces me da miedo. Por eso no fui del todo sincero, Pero yo no maté a Claire, lo juro. Tampoco maté a las otras... ¿No va a creerme?

—Quisiera creerle, Douglas. Pero usted sabe que no es fácil. No porque me intente mentir a sabiendas, sino porque usted padece amnesias parciales... No sirve su juramento. Pudo haberlo hecho sin saberlo.

—¡No! —clamó el detenido, con voz angustiada—. ¡Juro que no, Honey! No maté a ninguna de ellas... A Claire... a Claire la vi muerta, antes de saber lo que me sucedía... Luego tuve un bache mental, es cierto. Pero antes... encontré su cadáver en el pasaje... Me incliné, horrorizado... y encontré la navaja.

—¿La navaja? —repitió vivamente el capitán Willard—. ¿Era una navaja, Rosefellow? ¿La mató usted con una navaja?

—¡Oh, no, no, cielos, claro que no! —sollozó él—. Sólo la encontré... y el horror me invadió. No supe lo que hacía... y me vi

de repente en el bar de Ruby, con mi mano herida, sangrando... Olvidé lo que pasó en ese período de tiempo, pero no he olvidado que encontré muerta a Claire... ni que me corté con la navaja...

—¿Y qué hizo con esa navaja después? —insistió el policía.

—No lo sé. ¡No puedo saberlo! —se excitó—. Eso lo he olvidado. ¡Pero sé que no maté a Claire! ¡Honey, tiene que creerme!

—Yo no cuento ahora, Rosefellow —dijo ella tristemente—. Avisaremos a sus abogados. Ellos le defenderán.

—¡No quiero sólo a mis abogados! —exclamó él—. ¡Ellos sólo me hundirán más y más en esa sima de locura! ¡No creo en abogados! Honey... Honey Normand, quiero que sea usted... usted quien me ayude... y descubra al verdadero asesino... Sólo usted puede hacerlo. Por favor, recoja su cheque... y siga su trabajo. Sólo en usted confío va.

Y patéticamente, le tendía el arrugado cheque, que aún conservaba, y que el capitán Willard examinó, antes de permitir que lo tomara Honey en su mano.

Ella vaciló un momento. Luego, alisó el papel verdoso y respondió lentamente:

—Está bien, Rosefellow. Me ocuparé de usted, Le veré más tarde, cuando el capitán me permita una entrevista con usted. Entonces quiero toda la verdad. *Toda*, ¿ha entendido? No más mentiras. Ahora, responda a sus preguntas. O espere a sus abogados si lo desea. Eso no es asunto mío. Mi labor no es demostrar su inocencia, sino encontrar al culpable.

—Gracias, Honey. Dios la bendiga —musitó, enternecido, Rosefellow.

—Vamos, Clay —dijo ella, sin responder a su cliente—. Creo que ahora tengo que trabajar mucho más deprisa que antes. Las cosas se han complicado en exceso.

Salieron del Departamento de Policía, tras despedirse del capitán de Homicidios Harry Willard. Ya no llovía, pero el tiempo aparecía igualmente amenazador y frío. Era una noche tan desapacible como húmeda. Se alejaron del edificio de la policía. Clay comentó, dando una patada a una lata:

—Se enterneció tu sensible corazón, Honey.

No podía hacer otra cosa. Clay. Ese hombre confía en mí.

—¿Y tú? ¿Confías en él?

—Creo que es inocente. ¿Tú no?

—No sé qué pensar. Puede que sea inocente, pero las evidencias le condenan, de un modo endemoniado.

—Lo sé. Es como si ésa fuese la intención del asesino. Envolverle en una tela de araña que le lleve a la locura definitiva.

Clay Malone se paró en seco. Miró, pensativo, a la joven.

—En eso tienes razón —dijo—. Ya se me había ocurrido. Los crímenes pueden ser obra de un maníaco. No hay un motivo aparente para matar a tres chicas por el solo hecho de tener alguna relación sentimental con Douglas Rosefellow. O bien alguien desea explotar en su beneficio los desequilibrios de tu cliente, para terminar con él de una vez.

—¿Alguien de la familia, tal vez? —Honey también se paró, reflejándose su bonita silueta en un negro charco de agua junto al bordillo.

—Tal vez. Recuerda que cobrará sus millones cuando está casado y en perfecto equilibrio mental. Sí enloquece, no puede casarse, Y el dinero queda en poder de la familia.

—Que es como decir en poder de su madre y de su tío Ralph, el administrador familiar de la fortuna, junto con el abogado Kingsley, que lleva la parte legal.

—Su madre no creo que sea capaz de semejante atrocidad, Honey.

—No estés tan seguro. La he conocido. Es dura, inexorable, autoritaria. Y no siente gran cariño por Douglas. Todo su amor maternal es para Edward.

—Eso me recuerda que debo reunirme con mi rubio bombón —rió Clay, mirando su reloj—. Deben faltar pocos minutos para que termine la representación. El teatro no acostumbra a suspender su función porque una chica muera. Es el espectáculo que debe continuar ya sabes. Puede que la opulenta Daisy me cuente algo interesante sobre Edward, entre copa y copa.

—O entre caricia y caricia —señaló Honey, algo soca—. Clay, tendríamos que saber algo más sobre Rosefellow.

¿Qué, exactamente?

—Lo que sucedió en la Universidad, por ejemplo.

—Sí, excelente idea —asintió Clay Malone—. Mientras tú averiguas eso, yo me ocuparé de Edward a través de su amiguita.

¿Nos vemos mañana, Honey?

—Sí mañana a la hora de almorzar, enfrente de la redacción del *Weekly*.

—Allí estaré —prometió Clay—. Buena suerte, Honey.

—Igual te digo —respondió ella con ironía.

Se alejó tomando su propio vehículo. Clay no llevaba el suyo, de modo que llamó a un taxi, y le dio las señas del teatro Wintergarden.

Realmente. Daisy Scott no necesitaba sujetador, y eso le resultaba a Clay Malone francamente desacostumbrado. Las mujeres con un busto como el de la rubia bailarina, acostumbran a perder bastante cuando se desprenden de la ropa.

Ella era una excepción. Clay jamás había visto en su vida unos pechos tan erectos y firmes, dado su volumen, una vez los tuvo desnudos ante sus ojos. Y sus manos comprobaron pronto que esa dureza era realmente tangible y cierta.

Luego, la noche junto a Daisy le fue demostrando que sus encantos no se limitaban solamente a la fortaleza y volumen de sus senos, sino a otras muchas cosas que hacían comprensible la devoción de Edward Rosefellow hacia la rubia bomba del Wintergarden.

La joven tía un verdadero volcán cuando tenía un hombre al lado, y demostró a Clay que su fuego podía resultar devastador. Cuando la luz del nuevo día se filtró por las ventanas de la habitación que compartían en un hotel de Broadway, Clay Malone supo que cuando fuese a reunirse a mediodía con Honey, su aspecto distaría mucho de ser el de un hombre que ha descansado lo suficiente.

Trato de incorporarse, pero de entre las sábanas revueltas, surgieron unos desnudos brazos de mórbida redondez, que le apresaron deliciosamente, aproximándole hasta que, una vez más, su rostro se vio sepultado entre los promontorios carnosos de aquel busto magnífico y generoso.

—Oh, ¿ya vas a irte, mi cariñito? —susurró la voz melosa de ella, junto a su oído—. No quiero, Clay, mi vida. No seas malo, no dejes a tu muñequita tan pronto.

Clay no hubiera podido dejarla ya aunque hubiera querido, porque su *muñequita* le enroscó entre sus macizos muslos sedosos, y

aquel cinturón de carne femenina le obligó a permanecer adherido al cuerpo de repletas y exultantes curvas.

Tan adheridos, que sólo unos momentos más tarde, eran ambos un solo cuerpo, y los apagados jadeos de su mutua entrega invadían la habitación una vez más.

Cuajado Clay llegó de nuevo al clímax y oyó los grititos de placer de su hermosa pareja, aquellos rebosantes senos se apretaban golosamente contra su rostro y él los hacía objeto de las más ardorosas caricias imaginables.

Por todo ello, el sol estaba ya alto sobre Manhattan, tras el inevitable palio de nubes otoñales, cuando por fin logró soltarse del dogal dulce y ardoroso de la rubia carga de dinamita con quién había pasado la noche, y salía a la luz del día, demacrado y débil, cansado y somnoliento.

Se acostó en su propio lecho cuando ya eran las nueve y media de la mañana, y sólo tres horas escasas más tarde, entraba casi sonámbulo, aunque reactivado por una fría ducha, en el bar cercano al periódico, donde ya Honey la esperaba, sentada ante un ventana, con un zumo de tomate ante sí.

Clay pidió otro, y se rebulló inquieto, al sentir sobre él la mirada fija y burlona de Honey Normand. Al fin, alzó la cabeza y se encontró con los verdes y maliciosos ojos sin pestañear.

—Bueno, ¿qué pasa? —rezongó—. ¿Tengo monos en la cara?

—No sé lo que tienes, pero tu aspecto es horrible —comentó ella, indiferente el tono—. ¿De verdad te encuentras bien?

—Inmejorablemente —mintió Clay, ceñudo—. Pero no he dormido muy bien.

—¡Oh, claro que no! —El sarcasmo asomó a la voz de Honey—. ¿Quién habló de dormir? Creí que ésta era tu mañana libre en el periódico...

—Y lo es —gruñó el reportero—. Pero me acosté tarde. Tenía que hablar con esa chica sobre Edward Rosefellow.

—¿Y te acordaste de ello? ¡Vaya, te felicito...!

—Bueno, menos burlas, encanto —se irritó Clay—. ¿Qué hay de la Universidad y de tu cliente?

—Antes creí que me contarías todo lo que sabes de Edward...

—No es mucho, después de todo. Es un joven juerguista, que tira el dinero a manos llenas. Esa rubia tiene joyas y pieles que él le

compró. Se ve que su madre no le regatea caprichos al hijo predilecto.

—¿Sólo eso descubriste?

—No. También algo más que va a sorprenderte —gruñó Clay, tras pedir a la camarera un café solo bien cargado—. Edward es un desaprensivo, un cerdo. Trató de conquistar a Audrey cuando ya era novia de su hermano. Y también anduvo tras de Claire Roberts unos días... No tiene escrúpulos cuando se trata de robar la chica a quien sea. Y aun así, según Daisy, que debe saberlo bien, no es demasiado viril. Parece que deja bastante insatisfechas a las mujeres...

—¡Oh, eso es que Daisy hizo comparaciones anoche! —dijo Honey, rebosante de ironía—. Yo que tú no me creería demasiado ese punto. No todos son un Clay Malone.

—Deja de gastar bromas, ¡maldita sea! —refunfuñó el reportero—. ¿Así pagas el esfuerzo de un amigo que trata de ayudarte a ganar cinco mil dólares limpiamente?

—¡Oh, perdona, mi querido Clay! —Se mostró ella burlonamente humilde—. Eso lo había llegado a olvidar. Especialmente el sacrificio de esta noche, es digno de gratitud y de reconocimiento...

—¡Al diablo con eso! Hay otra cosa más: Edward odia a su hermano Douglas. Le odia desde hace años. ¿Sabías que a Edward le expulsaron de la Universidad por conducta irregular y vergonzosa?

—Lo he sabido esta mañana, en la Universidad —asintió Honey fríamente—. Pero ignoraba que ése fuese motivo de odio entre los dos hermanos.

—Hay muchas más motivos. Al parecer, la prima Angie juega al tenis y practica deportes con su primo Edward, pero en realidad muestra mayor cariño y devoción por Douglas, a quien mima con frecuencia, alegando que él siempre estuvo quebrado de salud. Eso, Edward no lo tolera, y se siente celoso del afecto de su bella prima hacia Douglas.

—¿Todo eso cuenta un hombre a una mujer cuando está en la cama con ella? —Se mostró Honey como la imagen misma de la ingenuidad.

—No sé si se lo contó en la cama o en el baño —rezongó Clay, irritado, apurando el café de un trago—. Te dije lo que pude averiguar sonsacando a Daisy Scott.

Ahora, explícame eso. ¿Fue expulsado Edward cuando Douglas aún estudiaba con su compañero Lawson?

—Sí. Fue un escándalo bastante sonado para los Rosefellow.

—¿Es todo lo que pasó por entonces en la Universidad?

—No —negó lentamente Honey. Luego, se puso en pie—. Si quieres venir conmigo, tengo algo que aclarar aún.

—¿Dónde?

—En la inefable librería satánica de Stuart Lawson.

—¿Ocultaba realmente algo ese joven?

—¿Si ocultaba, dices? —Ella lanzó un hondo suspiro, camino ya de la salida, en tanto Clay, presuroso, dejaba un billete en la mesa, y salía corriendo tras de ella—. ¿Sabes lo que sucedió realmente mientras ellos dos estudiaban juntos?

—Si tú no me lo dices, ¿cómo diablos quieres que lo sepa?

—Prepárale porque es algo fuerte. —Honey señaló su coche, aparcado allí y fue hacia el seguida por el reportero—. En la Universidad, murió una muchacha violentamente.

—¿Eh?

—Una compañera de estudios de ambos. Cayó a un patio y se mató.

—¿Y qué tuvo eso que ver con Douglas Rosefellow?

—Mucho, tía chica, se llamaba Linda Lubin. Y era novia de Stuart Lawson.

—¡Vaya...! —Silbó Clay entre dientes—. ¿De eso es de lo que no quiso hablamos anoche? Pero aun así, ¿dónde está la relación con tu cliente?

—A eso iba Clay. —Honey entró en su coche, se acomodó al volante y, tras sentarse Malone a su lado, arrancó suavemente—. ¿Sabes quién estaba con ella cuando cayó la muchacha? Precisamente Douglas Rosefellow. Paseaban por una terraza de la Universidad cuando ella perdió el pie y caí mortal mente al patio. Douglas siempre se consideró responsable de esa muerte, por no haber evitado que ella cayera abajo...

CAPÍTULO VIII

—Sí, es cierto, —lentamente, como abatido, Stuart Lawson se dejó caer en una butaca de su librería, justamente debajo de dos espantosos murciélagos disecados, que colgaban de las estanterías dedicadas a temas de vampirismo y ultratumba—. Todo ello es cierto, señorita Normand...

—¿Por qué no nos lo dijo anoche, señor Lawson?

—No sé... Pensé hacerlo, pero era un tema tan doloroso para mí. Nunca he podido olvidar a Linda, ésa es la verdad.

—De modo que no era un simple amor juvenil, sino un cariño verdadero.

—No sé lo que hubiera llegado a ser, de vivir ella, al perderla de modo tan trágico, me quedó la huella grabada para siempre. Por eso no tengo novia ni he pensado en casarme.

—Pero la vida sigue. Y eso pasó hace va mucho tiempo...

—¿Qué son cinco años para olvidar algo así, señorita Normand? Muchas veces sueño todavía con ella. Y mis sueños terminan casi siempre igual: viéndola caer al vacío, gritando... Y me despierto bañado en sudor, agitado... —Cerró los ojos y se pasó una mano por la frente—. Es horrible, créame.

—Le creo Pero no puede anclarse en el pasado. Ya nada ni nadie puede devolver la vida a aquella muchacha —era ahora Clay quién hablaba. Luego, hizo un gesto hacia las estanterías repletas de siniestros volúmenes—. Porque usted... usted no pensará que todo esto que vende pueda ser verdad, y espere hallar a su chica en el más allá...

—¡Oh, no, claro que no! —rechazó Lawson con una triste sonrisa—. No estoy loco, señor Malone. Yo no creo en la resurrección de los muertos, si a eso se refiere. Sólo me gano la vida con ello.

—¿Por qué su amigo Douglas se creyó siempre responsable de su

muerte? —indagó de pronto Honey.

—Ya veo. Eso se lo han dicho en la Universidad...

—Sí. Creo que paseaban juntos cuando ella cayó. Y se creyó culpable por no poderla sujetar a tiempo...

—Eso es lo que ellos dicen. La verdad es otra. Douglas es muy impresionable, ya se lo dije. Creo que aquello le trastornó. Desde ese momento, ya no fue el mismo. Y luego... supe que habían tenido que recluirle Todo porque se culpó a sí mismo de la tragedia...

—Es ridículo. Nadie puede evitar que alguien caiga. ¿Realmente fue así?

—No. Ya le digo que no. La Universidad no quiere complicarse la vida, y menos con los Rosefellow. Ya tuvo bastante con la expulsión de Edward, su hermano.

—¿Sabemos eso! Pero ¿por qué dice usted que la verdad es mus otra? ¿Tuvo realmente alguna culpa Douglas en lo ocurrido?

—Mire, señorita Normand, eso es muy relativo. Si se refiere a una culpa directa, no. Porque él nunca pensó que podía suceder algo así. Pero provocó la situación, al jugar con Linda. Corrían, reían y ella, de pronto, perdió el pie cuando iban pisando la balaustrada de la terraza. Se fue abajo. Pero Linda jamás se hubiera subido por sí sola a aquel lugar. Subir a la balaustrada y andar por ella, era el juego favorito de Douglas...

Inclinó la cabeza, como abatido por un peso que no podía soportar. Honey y Clay cambiaron una mirada. Luego, fue ella quien habló con rara entonación, sus ojos Clavados en Lawson:

—¿Está seguro de que usted mismo no le ha considerado siempre culpable?

—¿A Douglas? —El librero se estremeció—. No, no.

Sólo digo lo que sucedió. Fui el primero en consolarle, en decirle que era simple fatalidad, una jugarreta trágica del destino, y nada más. Pero él sabía que nada hubiera ocurrido si no la hubiera hecho jugar a ese absurdo pasatiempo... y seguía acomplexado por su culpa.

—Señor Lawson, ¿acaso eran muy amigos Douglas y Linda? —Era Clay quién preguntaba.

—Claro —alzó la cabeza y miró fríamente al periodista—. Los tres éramos grandes amigos. ¿Por qué pregunta eso?

—¡Oh, por nada! Simple curiosidad.

—¿Han vuelto a hablar del asunto ustedes dos, una vez fuera de la Universidad? —indagó Honey.

—No, nunca. Es como si ambos lo hubiéramos olvidado. Él, no sé. Yo, nunca podré olvidar.

—De modo que él *quiso* olvidar. Se esforzó en ello. Se creó un complejo de olvido en su mente. De ahí esas amnesias parciales que sufre a veces Toda su psicosis provienen de aquel día...

—Supongo que sí. Douglas es un chico extraño, usted lo sabe. Pero sigo sin creer lo que dicen los periódicos hoy. No pudo asesinar a esas mujeres.

—Estoy segura que no —confirmó Honey con gravedad—. Pero son la policía y el fiscal quienes deben ser convencidos de ello, no usted y yo.

—¡Dios mío! —Lawson se pasó una mano por el rostro—. Pensar que son ya tres las mujeres asesinadas... ¿Quién puede hacer eso, sólo porque ellas tuvieran relación con Douglas?

—Eso es lo que estamos buscando. —Honey se encogió de hombros—. Gracias por todo señor Lawson.

—Saben que me tienen a su disposición. Quisiera que mi amigo saliera de este embrollo. Le repito que yo nunca le guardé el menor rencor, ni le culpe directamente de nada. Más bien fueron su inconsciencia y un hado fatal quienes provocaron el desastre. Pero él sigue siendo mi amigo, por encima de todo...

—Creo que le confortará saber eso cuando le visite —sonrió Honey. Luego, ya en la puerta, mientras ésta emitía su lúgubre campanilleo, pareció pensar en algo y, repentinamente, se volvió al librero, añadiendo una súbita pregunta—: ¡Ah!, por cierto, señor Lawson..., ¿puede recordar si llovía entonces, el día en que Linda Lubin se cayó al patio de la Universidad?

Stuart Lawson arrugó el ceño, y su rostro reveló la sorpresa ante esa inesperada interrogante. Sin embargo, su respuesta fue tan rápida como escueta:

—Sí, desde luego. Lluvia torrencialmente, señorita Normand. El personal docente y el propio forense, achacaron a lo resbaladizo de las piedras, bajo la lluvia, la causa directa del accidente... ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada —suspiró Honey—. Ahora, al menos, ya sé por qué

mi cliente tiene tanto miedo a la lluvia, señor Lawson...

Y abandonó la librería, en compañía siempre de su amigo Clay Malone.

—¿Qué opinas del caso ahora?

Clay sacudió la cabeza, con expresión taciturna. Su comentario fue breve y reflexivo:

—No sé. Honey Podría ser una venganza implacable, enfermiza.

—¿Te refieres a esos crímenes?

—Sí. Un odio inextinguible. El recuerdo morboso de un hombre que sigue amando a una mujer muerta, que ya nunca ha de volver. Niega por un lado, mientras por el otro acusa. Justifica a su amigo, y por otro lado le señala como responsable de la muerte de la muchacha. ¿Cuál es el verdadero Lawson? ¿El que trata de indultar de culpas a su viejo amigo, o el que le guarda un feroz rencor, capaz de conducirlo a provocar la demencia definitiva del culpable?

—¿Quieres decir que podría ser Lawson quien matara a todos los amores de su amigo, como venganza por lo que él perdió, a la vez que le va empujando paulatina e inexorablemente a la locura?

—Podría ser una explicación, sí.

—Pero eso significaría la existencia de una mente criminal realmente monstruosa...

—Honey, desengáñate. Estás persiguiendo a un verdadero monstruo de maldad, sea quien fuere el culpable. No se puede asesinar fría y despiadadamente a tres mujeres, sin más motivo que una simple venganza sobre otra persona, o el afán frío y deliberado de volver loco a un inocente. Eso sólo se te puede ocurrir a un cerebro malvado hasta la demencia. Pero una demencia enfermiza, solapada y cruel, que hace al culpable mucho más astuto que a un ser normal.

—¿Es tu teoría?

—Sí, es mi teoría.

—¿Sea o no sea Lawson el culpable?

—Sea o no sea él —afirmó Clay con energía—. Piensa un poco, Honey. Si fue él quien las mató, su doble móvil son la venganza y el odio. Si es otra persona... no podemos saber que impulso le mueve, pero ha de ser forzosamente insano, demoníaco. Esas tres infortunadas muchachas no hacían daño a nadie. Douglas, con sus reacciones arbitrarias y confusas, las complicó en su vida,

sentenciándolas, sin saberlo, a una espantosa muerte.

—Y ahora, ¿adónde nos dirigimos? —musitó Honey, con expresión abatida—. Ya lo hemos recorrido todo. Y sigo sin saber dónde hallar a la persona que exima de toda culpa a mi cliente.

—Yo voy a ver a la última persona que se me ocurre que puede tener algo interesante que contar.

—¿Quién es? —se interesó vivamente ella.

—El abogado Kingsley, de la familia Rosefellow.

—Es una buena idea. Ve, Clay. Yo, entretanto, volveré a la mansión de los Rosefellow para hablar un rato con Edward, Angie y Ralph. ¿Dónde nos veremos?

—En la *pizzería*, a la hora de comer. ¿De acuerdo?

—Perfecto. En casa de Angelo, a los ocho en punto.

Se separaron con una sonrisa. Ella subió a su coche. Clay Máteme, a un taxi. Por el camino, adquirió un ejemplar de la última edición del *Herald*.

La noticia venía en primera plana, y con gruesos caracteres:

**«FAMILIA IMPORTANTE DE LA QUINTA AVENIDA,
MEZCLADA EN SANGRIENTO ESCÁNDALO.**

**»DOUGLAS ROSEFELLOW, ACUSADO FORMALMENTE DE
ASESINATO POR EL FISCAL DEL DISTRITO».**

Apartó el periódico a un lado, con un suspiro. Douglas no había confesado, pero sus declaraciones eran contradictorias y confusas, como él mismo. Los médicos sugerían un profundo examen psiquiátrico del sospechoso.

Clay Malone, mientras se encaminaba al lujoso bufete del abogado Dudley Kingsley, en el corazón mismo de Manhattan, iba pensando que, después de todo, estaba de total acuerdo con Honey Douglas Rosefellow era inocente.

Pero ¿cómo diablos demostrarlo?

Aqué era uno de sus últimos intentos por ayudar a Honey. Si no surgía pronto la luz, no podría hacer otra cosa que esperar a que su amiga descubriese algo en el futuro. Y que entonces tuviese él material para su gran reportaje. Porque de otro modo, nada ni nadie sacaría al joven Rosefellow del abismo en que estaba virtualmente hundido.

Dudley Kingsley era un hombre sobrio, de cabellos canosos, pulcros y bien peinados, lentes de montura plateada y rostro pétreo y de enérgicos rasgos.

Tras saludar a Clay Malone y conocer su profesión, le hizo sentar ante sí, mirándole con ojos pensativos y sagaces tras el brillo de los vidrios de sus lentes.

—Y bien, señor Malone, ¿en qué puedo servir a la Prensa? —indagó.

—Vengo a verle como abogado que es usted de los Rosefellow.

—Lo siento, pero si se trata de algo relacionado con mi cliente, Douglas Rosefellow, no puedo decirle nada —se plegó sobre sí mismo, totalmente en guardia—. No me ocupo por completo de su caso, puesto que tengo un equipo de letrados para el asunto, pero como administrador legal de los intereses de la familia, y por estar el caso ahora sometido a la Justicia, no puedo exponerle cosa alguna al respecto. Espero que sepa comprender mi discreción.

—La comprendo muy bien, señor Kingsley, y es justamente la actitud que de usted esperaba.

—Gracias. ¿En tal caso...?

—En tal caso, hablemos de otros asuntos, si lo prefiere. Algo relacionado con su cliente, pero no con la acusación de asesinato ni con su procesamiento.

—¿Cree que eso puede interesar al público de su publicación?

—Es posible. Y le prometo, a cambio de ello, la ayuda incondicional de mi revista para apoyar a su cliente. Eso puede ser importante, de cara a la opinión pública...

—Lo es. Y usted lo sabe —los ojos se dulcificaron un tanto al mirarle—. Dígame, qué desea saber, señor Malone, y yo le responderé si ello es factible.

—Espero que lo sea. Serán pocas mis preguntas, señor Kingsley. La inicial, digamos que es ésta: ¿en qué términos se redactó el testamento de Jonathan Rosefellow?

—Usted ya debe conocerlo Su hijo Douglas sólo heredará si contrae matrimonio legal.

—Un momento. ¿Y sobre su estado mental al realizarse esa boda?

—Eso no se detalla tajantemente en el testamento. Sólo requiere que al casarse haya demostrado estar consciente de sus actos, que el

juez de paz certifique que es así, o en su defecto el sacerdote que lleve a cabo la ceremonia, y eso bastará para que el hijo de Jonathan Rosefellow reciba íntegra su herencia.

—Imaginemos, señor Kingsley, que él se hubiera llegado a casar. ¿Adónde iría a parar ese dinero, de haberle acusado luego de asesinato y resultar condenado?

—Fuese condenado como persona sana o mentalmente enferma, automáticamente, el dinero sería, por pura lógica, de su esposa.

—¿Incluso volviéndose loco?

—Ya le dije que en ambos casos, siempre que él deje de ser una persona en libertad o una persona con vida, el dinero pasaría a ser de la mujer, sin más trámites.

—Eso es muy interesante. Estando soltero, ¿qué pasará con ese dinero?

—Que se quedará íntegro en manos de la señora Rosefellow, hasta su muerte.

—Usted no creerá que la señora Rosefellow, pese a no sentir cariño por su hijo Douglas, sería capaz de intentar quedarse con su fortuna...

—¿Agnes Rosefellow? —se escandalizó el abogado—. Señor Malone, por favor. La fortuna personal de ella, es triple que la de su hijo Douglas o la de su hijo Edward. No necesita para nada del dinero de sus hijos. Y aunque es dura y fría como un diamante, no es una mujer malvada, ni mucho menos.

—Usted, como abogado y administrador, me confirmará sin duda que la fortuna ha sido bien administrada, y que nadie se pudo apoderar de suma alguna, ni tan siquiera Ralph Rosefellow.

—No, nadie en absoluto, señor Malone. Yo reviso las cuentas y los fondos con frecuencia. Hasta el último dólar está justificado.

—Gracias, señor Kingsley. Mi última pregunta: ¿todos los Rosefellow tienen derecho a herencia?

—No, todos no. Hay una persona que nunca percibirá un solo dólar de la fortuna familiar. Y que no heredó prácticamente nada. Si vive bien y con lujos, es por caridad personal de la señora Rosefellow.

—¿Y esa persona es...?

—Angie Rosefellow, la prima de los dos hombres... Ella no percibirá jamás un solo dólar de la familia, Es una joven bella y

encantadora, que sólo puede aspirar a una parte de esa fortuna si llegara a casarse con un Rosefellow, cosa que no ha ocurrido, pese a que me consta que su primo Edward le ofreció esa posibilidad hace sólo dos meses. Pero no sé por qué motivos, Angie se negó a ese matrimonio, pese a lo ventajoso del mismo... Claro que Edward no tiene tantos millones como le tocarían a Douglas, ni mucho menos, pero... era algo que valía la pena, para una joven tan desvalida por sus propios medios... Además, hubiera jurado que era lo que Angie deseaba ya desde niña; una buena boda. Pero uno siempre se equivoca con esas cosas.

—Sí, creo que así es... —meditó Clay Malone, ya en pie—. Me gustaría hablar con los Rosefellow ahora, si ello fuese posible, señor Kingsley.

—Bueno, hoy será difícil. Agnes y toda la familia se han ido fuera de la ciudad hasta el fin de semana, para huir de periodistas y de escándalos, con motivo del al resto de su hijo. Que yo sepa, sólo Angie se ha quedado en la casa, sin quererse desplazar con los demás Incluso el servicio se fue con ellos fuera de la ciudad. Pero Angie tiene esas cosas taras, y prefirió ésta; sola aquí...

—Bien, señor Kingsley, gracias por todo, una vez más. Estrechó la mano del abogado. Y salió a la calle, profundamente pensativo. De repente cuando se detenía en la acera, una idea le asaltó súbita, violentamente, cegándole casi con su resplandor.

—¡Dios mío! —gritó, palideciendo—. ¡No puede ser! ¡Pero si fuese así... tal vez sea ya demasiado tarde!

Y se precipitó hacia un taxi, dándole una dirección con voz entrecortada.

CAPÍTULO IX

—¿Qué significa esto, señorita Rosefellow?

—Significa que ha llegado usted al final del camino, Honey Normand.

—El final del camino... —Honey, pálida pero serena, miró alternativamente a los dos hombres armados de pistola con silenciador que se hallaban erguidos ante ella, en la amplia biblioteca de la mansión de los Rosefellow, en la Quinta Avenida neoyorquina, sus verdes ojos se clavaron en el rostro frío y sonriente de Angie Rosefellow, vestida de tenis, como la vez anterior—. Sí, entiendo.

—De modo que entiende... —rió Angie entre dientes—. Usted *lo sabía* ya...

—Sólo lo sospechaba. Se me ocurrió hoy la idea. Cuando me pregunté por qué eran asesinadas todas las novias de su primo Douglas.

—¿Y qué respuesta se dio a sí misma?

—La única válida: que no podía seguir adelante ese proyecto, porque entonces se hubiera descubierto que Douglas Rosefellow *YA ESTABA CASADO*.

—Vaya, veo que es usted mucho mas lista de lo que imaginé —había sarcasmo en el tono de la bella primita de los Rosefellow—. Y supo quién era esa esposa.

—Sí. *Usted*.

—¿Cómo lo comprobó?

—Aún no está comprobado. Pero pedí datos a una agencia informativa que trabaja para mí. Seguramente ya habrán hallado en alguna parroquia o juzgado de paz el certificado de matrimonio a nombre de Douglas Rosefellow y Angie Miller, prima suya. Ahora, usted es la única y legal señora Rosefellow.

—Exacto. Y, como tal, heredera de su fortuna cuando él sea

internado en una clínica mental para toda su vida.

—Usted ni siquiera tenía que cometer sus asesinatos, ¿no es cierto? —jadeó Honey, mirándole con ojos centelleantes. Señaló a los dos pistoleros—. Tenía sus esbirros a sueldo, los mismos que golpearon a mi amigo Malone y me seguían en un coche marrón metálico apenas su primo me encargó del caso. Usted vigilaba siempre muy de cerca a su primo y esposo, ¿no es cierto?

—Había mucho dinero en juego para no ser así —rió Angie—. Pero de todos modos, no todo lo hacían mis fieles colaboradores, sino que yo a veces llevaba a cabo algunas tareas. Anoche, por ejemplo... YO MATE A CLAIRE ROBERTS, la última novia de mi primo.

—Es usted abominable. Angie... ¿Cómo pretendía Douglas casarse otra vez, estando ya casado con usted? Eso es lo único que no logro entender...

—Es fácil. Amnesias temporales, ¿recuerda? El sufría una de esas amnesias cuando lo aproveché para casarme con él en secreto. La familia no supo nada. Él lo olvidó en seguida. En realidad, ese momento de la boda es uno de los que tiene en blanco en su memoria. Ahora, diga lo que diga, nadie le creerá. Imaginarán que las mató en su locura, porque no podía hacerlas sus esposas, al estar casado conmigo... He pensado en todo, querida amiga. Incluso en usted. Morirá ahora, y su cadáver será hallado bajo la lluvia... Naturalmente, esta vez no habrá sido Douglas Rosefellow, sino cualquier maleante, porque su herida será de un disparo a bocajarro, y eso nadie lo relacionará con nosotros. Una mujer detective puede tener tantos enemigos...

Hizo un gesto a sus hombres. Uno de ellos avanzó unos pasos, con la pistola silenciada por delante, apuntando directamente a Honey.

Ésta, muy serena, se dirigió a Angie y le formuló una pregunta:

—Sólo una cosa me queda por saber: ¿por qué se desmayó Douglas al entrar ayer en esta casa y verme aquí?

—No fue usted quien le hizo desvanecerse, sino YO —rió Angie—. En ese momento, recordó algo... y supo que yo era su esposa. Por fortuna, el desvanecimiento volvió a dejarle en blanco la memoria. Porque mientras permanecía inconsciente, te oí musitar algo así como «Angie, esposa mía...». Por fortuna para mí, fue solo

ese momento, y no lo oí más que yo. ¿Complacida su curiosidad, amiga mía?

—Si gracias —musitó Honey, mirando valientemente al hombre de la pistola con silenciador—. Adelante, asesinos. Matadme. Pero al final, siempre hay justicia para todos.

Angie soltó una seca carcajada de escepticismo. El arma apuntó directamente a la bonita y pelirroja cabellera de Honey Normand, detective privado...

Todo sucedió muy de repente.

Tanto, que Honey apenas si se dio horrorosamente cuenta de cómo se desencadenaban vertiginosamente los hechos.

La ventana de la biblioteca se hizo añicos, cuando la figura de Clay Malone, como una catapulta, penetró a través de ella. Uno de los esbirros de la asesina se volvió, disparando su arma sobre él. Sonó un seco taponazo, pero la bala no alcanzó a Clay.

El reportero, con toda virulencia, se precipito sobre el hombre que le golpeará con su arma en el mentón, y se tomó las represalias deseadas apenas lo tuvo al alcance de sus demoledores puños.

Le descargó una lluvia violenta de mazazos, que hicieron inútil el arma de fuego. Ésta cavó de sus dedos, y Clay acabó de abatir al rufián con otra serie de Impactos demoledores, ya que para entonces, Honey no necesitaba ayuda alguna por su parte.

En el fugaz momento de distracción sufrido por su verdugo cuando Clay penetró en la estancia, ella logró lanzarse sobre el hombre armado con la rapidez centelleante de una buena *judoka*, y momentos después, el corpachón del pistolero votaba por los aires, para aterrizar, estrepitosamente, sobre una vitrina, donde quedó empotrado, cuando Honey remachó su obra con un golpe demoledor dado con el filo de su mano sobre la nuca del asesino.

Angie, mientras tanto, pugnaba por empuñar un arma para enfrentarse a los dos jóvenes. Desistió, lívida, desencajada, cuando tronaron golpes en la puerta, y una voz le llegó desde el patio, advirtiéndole sonoramente:

—¡Alto! ¡Están rodeados! ¡Habla la policía! ¡Suelten sus armas y entréguese!...

—¡Malditos...! —jadeó Angie Miller, lívida, mirando a Honey y Clay, que se aproximaban el uno al otro, mientras el reportero esgrimía una de las armas y encañonaba a la prima de Douglas

Rosefellow—. ¡Malditos sean los dos!

Honey se apoyó en los brazos de Clay. Le miró dulcemente.

—Creo que te debo la vida, querido —musitó—. ¿Sabes? Acabo de darme cuenta de que una mujer detective tampoco puede vivir sola. Creo que haré caso de tus ofrecimientos... si es que el bombón rubio de los grandes senos no te ha hecho cambiar de idea...

—Mi querida Honey, ni mil rubias me harían cambiar en eso...

—La abrazó contra sí, sonriente—. Me alegra haber llegado a la solución al mismo tiempo que tú. Hoy se ha perdido una detective, y se ha ganado una futura ama de casa.

—Que sea para bien, Clay —suspiró ella, apoyando su cabeza en el pecho de él, mientras una nube de policías penetraba en la casa por todas partes.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

NOTAS

[1] Pulpa: viejas novelas baratas de acción, editadas en pulpa de papel, de los años treinta y cuarenta. En España también se hicieron famosas, con héroes como Doc Savage, La Sombra, Bill Barnes, Pete Rice y otros. {N. del E.). < <